

Selección

TERROR

RALPH BARBY

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

RITUAL DE ALUCINADOS


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

346 — En las garras del terror, *Ada Coretti*.
347 — Un diablo en apuros, *Clark Carrados*.
348 — Profesor de espiritismo, *Ralph Barby*.
349 — ¡Vuelve a la tumba, Helen!, *Adam Surray*.
350 — La mansión de los mil y un horrores, *Joseph Berna*.

RALPH BARBY

RITUAL DE ALUCINADOS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 351
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 29.919 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: noviembre, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Avanzó entre las mesas de la redacción. El edificio era ya viejo, cargado de años sobre sus muros y la redacción del Week Life Magazine ocupaba la primera planta del mismo.

La redacción no estaba, como en los edificios modernos, instalada en una amplísima nave como sí lo estaba en el Washington Post americano; allí había muchas paredes y muchos despachitos,

Herbert Perkins era un hombre que rondaba los cuarenta pero deseaba aparentar menos años y tenía elegancia innata. Solía comentar, con más sarcasmo que ironía, que había nacido en buena cuna, pero que lo enterrarían en mala tumba.

Su padre había salido jugador, y como la mayoría de los viciados por el juego, había perdido.

Herbert Perkins conservaba la percha, la elegancia y sus contactos con la alta sociedad, contactos que le permitían estar en la redacción de la revista. Acostumbraba a escribir bien de las reuniones sociales a las que se le invitaba y si le tomaba manía a alguien, se burlaba de él en sus escritos, lo que no dejaba de regocijar al resto de las lectoras de sus crónicas sociales.

— ¿Estás lista, Ava?

La joven y bella secretaria de redacción alzó su rostro, pasándose el extremo del bolígrafo por sus labios llenos de color.

— No estoy decidida aún.

— ¿Por qué, me tienes miedo?

— Te crees muy guapo, ¿verdad?

— Bueno, no es «guapo» la palabra exacta — objetó él, no exento de coquetería —. Vamos, eres una rubia impresionante.

— ¿Y pretendes lucirme como si yo fuera un alfiler de corbata?

— Si pudiera comprarte como se compra en una joyería un alfiler de corbata, no dudaría en comprarte ahora mismo.

— Y después de usarme, ¿qué?

— Te volvería a usar, en eso sería implacable e incansable.

— Además, fanfarrón.

— Anda, vente conmigo, cenarás gratis. No te garantizo una cena abundante pero sí selecta. Conocerás a gente importante y si quieres dejar de ser secretaria para convertirte en periodista, te irá bien colgarte de mi brazo durante un tiempo.

— ¿Y qué tendría que dar a cambio?

— ¡Uy, qué mal pensada!, no te iba a pedir lo que imaginas. — Puso en su voz un tono amistoso, casi cariñoso, sin malicia—. Me basta con llevarte al lado, sé que te van a admirar.

— ¿Acaso hay alguna mujer que se va a molestar si te ve acompañado de una rubia como yo?

— Puede ser. Será divertido, ya verás. La cena es en honor de un tipo raro que se pasea por Europa, un mago de salón o algo por el estilo*. Ya sabes que esas cosas están ahora de moda con la llamada «pérdida de valores».

— ¿Un mago malabarista?

— No, de esos que hacen saltar pelotitas o barajan los naipes, no, es un mago de la nueva ola, medio espiritista y medio satanista, uno de esos que lo mismo curan un forúnculo en las posaderas que una artrosis o un reumatismo crónico, ya sabes, un bluff, pero tiene buena presencia y empaque.

— ¿Cómo se llama ese individuo tan excepcional?

— León Adaniev, eso es, León Adaniev.

— No he oído hablar de él.

— Es que no es de los que actúan en teatros o centros públicos; sólo asiste a reuniones privadas. Creo que su especialidad son los viajes astrales.

— ¿Viajes astrales, dices?

— Sí, no sé de qué va, pero sirve para conocer gente.

— Bien, acepto.

Ava era alta, de cabellos largos y de un dorado casi blanco. Sus ojos eran grandes, muy grandes, de pupilas azul claro muy vivaces. Cintura estrecha que realzaba aún más su elevada estatura, caderas redondeadas sin ser grandes, como se estilaban años atrás, y el busto, alto y grande, un busto que se notaba sin sujetador empujando el jersey que lo marcaba como si tuviera dificultades en ocultar los redondos pechos.

Ava, sin falsa modestia, sabía que su figura, su rostro, llamaban la atención entre el sexo contrario, y no le molestaba; le agradaba siempre que no la molestaran groseramente. Se había acostumbrado a responder con ironías, incluso con burlas.

Segura de sí misma, no era una mujer apocada ni el tipo de fémina que por poseer unos senos exuberantes, provocativos, caminara encorvada para ocultarlos, sino todo lo contrario.

Herbert Perkins la llevó en su automóvil, un modelo grande, demasiado grande, un modelo americano siempre bien pintado y con los niquelados rutilantes. Podía llamar la atención en Londres, claro que en los Estados Unidos, cualquier comprador-vendedor de coches usados, nada más verlo, diría que era un automóvil viejo, demasiado viejo para sacar unos dólares por él.

— ¿No tienes miedo de quedarte en cualquier carretera con este trasto? — preguntó Ava, que sí conocía bien aquel coche.

— Bah, ya pago mis buenas libras para que esté a punto. He tenido la suerte de toparme con un apasionado de los automóviles que se divierte en ponérmelo a punto; hasta me ha ofrecido una suma aceptable por él.

— ¿Y por qué no se lo vendes?

— Porque con lo que él me diera, no tendría ni para comprarme un utilitario de serie, y no estaría bien que Herbert Perkins se presentara en algunas mansiones con un mal utilitario. Con este trasto, bien pintado y bien

pulido, todavía consigo que se levanten la gorra los porteros de muchas mansiones.

Ava se rió.

— Eres un play-boy barato, Herbert.

— Y tan barato, cómo que hasta tengo que trabajar para seguir viviendo. No siempre me invitan para que hable bien de los últimos modelitos que lucen las damas y damitas que quieren salir en las revistas.

— ¿Y por qué no haces otra cosa? Con tu percha y tu elegancia podrías conseguir un buen empleo.

— En el Week Life Magazine gano poco con esas crónicas de sociedad que escribo, pero me deja muy libre y al mismo tiempo me permite seguir frecuentando el ambiente al que he pertenecido. Si cambiara de empleo y me pusiera a vender automóviles o apartamentos, puede ser que obtuviera un mayor salario, pero quedaría apartado de este mundo al que aún me considero atado.

Lady Allison vivía en una gran casa, pero no en un palacete. Poseía un pequeño jardín en la fachada, no tendría más de cuatro pasos de anchura, y a derecha e izquierda, sus paredes laterales quedaban pegadas a los edificios contiguos que seguían la misma línea arquitectónica. Posiblemente habían sido diseñados por el mismo arquitecto.

Herbert Perkins fue muy bien recibido en la residencia de lady Allison. A Ava se la miró casi como a Una intrusa, pero Herbert se esforzó para que encajara en aquel ambiente.

Ava comentó:

— Están un poco arcaicos aquí dentro.

— Todos no son viejos.

— Es cierto, pero...—Miró en derredor. Había muchos vestidos largos que pretendían dar a la cena un empaque que no se llegaba a conseguir.

— Hola, Herbert. ¿De dónde has sacado a esta preciosidad?—le preguntó una mujer morena que ya habría cumplido los treinta años y que se les acercó junto con otras dos.

— La he sacado del cielo, es todo un ángel. ¿No opináis lo mismo?

— Pues no, creíamos que era tu secretaria.

Ava, sonriente, puntualizó:

— No soy la secretaria de Herbert sino del Week Life Magazine, y aspiro a escribir un artículo sobre la vida y costumbres de los psítacos aclimatados en el Reino Unido.

— ¿Y qué son los psítacos? —preguntó la que antes lanzara su pulla.

Herbert Perkins se rió al tiempo que replicaba:

— Pues, los loros.

Ava remató diciendo:

— Espero tener suerte, cada vez conozco a más.

Los ojos de las tres mujeres se agrandaron de sorpresa e indignación. Se alejaron sin añadir palabra.

— Les has dado una lección, Ava, buenos loros están hechas.

— ¡Herbert, querido!—le interpeló lady Aliison, una mujer alta y maciza que cogió al cronista por el brazo, con mucha confianza.

— ¿Qué va a pedirme, lady Aliison?

— ¿Pedirte?— Se carcajeó cínicamente—. Ah, sí, bueno, quiero que escribas algo sobre León Adaniev, es un hombre insólito, impresionante.

— ¿Y si no puede pagarse la publicidad?

— No, si él no la busca. Si supiera que te estoy pidiendo que escribas sobre él, se molestaría conmigo. No le gusta nada, nada la publicidad. Esta noche nos va a mostrar algo fantástico.

— Si no quedo convencido de que lo que hace es interesante, no voy a escribir sobre él; estaría mal, muy mal...

— Bah, tú sabes mover la pluma con elegancia y facilidad. Por cierto, ¿por qué no te vienes dentro de quince días a mi finca de Wigan? Tenemos que probar unos potros y me gustaría que estuvieras allí, querido Herbert, tú entiendes tanto de caballos... —Miró a Ava, como descubriéndola de pronto —. Y de mujeres también, has traído contigo a un ejemplar magnífico.

— Lady Allison, me da la sensación de que me toma por una yegua.

— Querida, no se moleste. Las yeguas son para montar y los hombres, en este punto, opinan lo mismo de las yeguas que de las mujeres.

Lady Allison no esperó la respuesta de Ava y se alejó de ellos como si acabara de descubrir a otro invitado que solicitaba su inmediata atención.

— Es muy aguda lady Allison — opinó Herbert Perkins.

— Sí, y muy resabiada — admitió Ava.

Los invitados llegaron casi a la cincuentena, por lo que Ava dedujo que lady Allison debía poseer una muy considerable fortuna si toda aquella gente había ido a cenar a su residencia con el único pretexto de presentar a un supuesto mago sectario que quería introducirse en la sociedad londinense.

La cena, pese a celebrarse en una residencia inglesa, con decoración ochocentista, se hizo a la americana, fiambres que cada cual se servía a sí mismo. A Ava le gustó más aquel sistema.

Parecía importar poco el motivo de la reunión a los que habían acudido allí, cenaban y charlaban animadamente entre sí.

Herbert Perkins se fijó en unos hombres que le llamaron la atención y dijo a su compañera:

— ¿Me disculpas unos momentos, Ava?

— Por supuesto.

Ava le vio alejarse mientras ella tomaba unos canapés de caviar que regó con champaña francés. Lady Allison vivía bien, de eso no cabía duda.

Pasaron los minutos. Ava se sabía observada más o menos de reojo por dos caballeros y con cierta envidia por las mujeres, y no era por su vestido ni por las joyas que lucía, pues por no llevar, ni llevaba pendientes en sus orejas, que no habían sido perforadas jamás.

— La flor, cuando es muy hermosa, luce mejor sola en el jarrón.

Se volvió al oír aquellas palabras agradables pronunciadas por una voz grave y profunda, una voz que se metía en el cuerpo sin que fuera posible detenerla.

Pudo ver a un hombre delgado y muy alto, de cabellos lacios y lisos, perfectamente peinados. Era elegante, de rostro alargado, nariz grande y ojos intensamente negros.

Llevaba un bigote con barba recortada y aislada de las patillas. Vestía un smoking impecable y tenía iodo el aspecto de un catedrático de la elegancia. En su voz había un ligerísimo acento extranjero.

— ¿Es usted poeta? — le preguntó Ava con desenfado.

— Sería muy agradable ser poeta — dijo aquel desconocido de más de cincuenta años, pero con el que seguro que se irían muchas veinteañeras, sin preguntarles si las acostaría en su cama o las conduciría a lugares ignotos de los que ya no podrían regresar.

El era muy consciente de su atractivo sobre las mujeres, pero Ava también descubrió algo en aquel hombre misterioso, algo que la obligaba a ponerse en guardia, algo que le producía temor y no acertaba a explicar qué era.

— ¿Está aquí para cenar, para contactar con gente o para escuchar al mago que dicen van a traer?

El, sonriendo, respondió:

— Prefiero hablar de ti, Ava.

— ¿Conoce mi nombre?

— Yo conozco muchas cosas que la gente cree que desconozco; admito que no es un pareado muy feliz pero sí realista. Tú no eres de este ambiente.

— ¿Tanto se me nota? — preguntó Ava, sin molestarse lo más mínimo.

Estaba ya muy lejos y por encima de la timidez por sentirse económicamente más débil.

— Sí, se te nota y yo podría hacer de ti algo magnífico, más magnífico de lo que ya eres.

— Gracias, pero de mi destino me cuido por mí misma.

— Tenía una compañera — hizo una mueca que trató de ser simpática—, me refiero a profesional, nada más, pero murió.

— ¿Y está buscando la sustituía?

— La estaba buscando.

— ¿Ya la he encontrado?

— Sí, y se llama Ava.

— Me hace usted gracia, le han dicho cómo me llamo y viene a cortejarme. Pues, lo siento, yo ya tengo empleo.

— Si se trata de tu salario, puedes cuadruplicarlo si accedes a trabajar conmigo.

— Hum, cuadruplicar un salario es todo un canto de sirena para un marino. Yo no soy marino, pero me suena muy bien. ¿Cuál es el empleo?

— Sabía que aceptarías.

— Es que no he aceptado, me he limitado a preguntar qué tipo de trabajo

es.

— Viajar, asistir a reuniones. Cuando un supuesto mago se enfrenta a un público, si va acompañado de una belleza fascinante como la tuya, todo funciona mejor.

— No me diga que es usted ese Adaniev...

— Así es, yo soy León Adaniev.

— Ah, muy bien, pues he venido a ver qué es lo que hace,

— ¿Te gustaría estar a mi lado durante las sesiones? Me hace falta una belleza como la tuya.

— ¿Para qué, para que los espectadores masculinos se distraigan mirándome a mí mientras usted hace sus trucos?

— Yo no hago trucos, pero insisto en que es mejor trabajar con una mujer bella, una mujer de talento.

— Me imagino que tendría que salir con poca ropa o, por lo menos, que fuera provocativa.

— Sí, es lógico, eso quita seriedad a la sesión.

— Pues, lo siento, no son ningún número de circo, ése no es mi destino.

— De todos modos, insisto en pedirte que seas mi compañera. Yo te haré vivir experiencias maravillosas.

— No insista, ya tengo un empleo que además, me gusta,

— Puedo ofrecerte experiencias desagradar Íes hasta que aceptes.

— ¿De veras?

— Sí.

Le cogió la mano. Ava hizo ademán de retirarla, pero él se la retuvo y le pidió:

— Tranquilízate, tranquilízate y cierra los ojos. Sólo deseo que viajes y veas a la que fue mi compañera.

Ana vaciló; mas, de pronto, notó que los párpados le pesaban. Era como si los dedos de León Adaniev tuvieran un poder magnético adormecedor.

Dejó de escuchar el bullicio del salón y, de repente, tuvo la impresión de que se hacía etérea, que ya no pesaba, que abandonaba su cuerpo y volaba por el cielo nocturno.

No entendía bien lo que le sucedía, sólo sabía que estaba viajando lejos de su cuerpo.

Todo se hizo muy oscuro alrededor suyo y, de pronto, unas antorchas encendidas iluminaron el interior de una cripta funeraria, lóbrega, con paredes enmohecidas.

Se vio junto a un túmulo granítico sobre el que había un ataúd.

— Ábrelo... —le pidió una voz que semejaba brotar de entre las piedras, pues no había nadie en torno suyo,

Ava sintió frío, mucho frío y tuvo miedo, un miedo que la llenaba por completo.

Unos chillidos la sobresaltaron y tres o cuatro murciélagos pasaron volando, por encima de ella batiendo sus alas membranosas.

Volvió a fijarse en el ataúd, le atraía o alguien invisible la empujaba hacia él. Asió la tapa con sus manos y la levantó, haciéndola gruñir.

La luz de las antorchas iluminó el contenido del féretro mortuorio.

Era una mujer rubia como Ava, muy hermosa, vestida con exóticas ropas orientales en gasa y seda que transparentaban y dejaban ver la belleza de su cuerpo.

Los labios tenían mucho color, su rostro carecía de arrugas; Ava tuvo la impresión de que de un instante a otro, iba a abrir los ojos, lo que aumentó su miedo y su zozobra.

Retrocedió un par de pasos, como temiendo que la mujer allí yacente estirara su mano y la cogiera. Ava tropezó entonces con otro ataúd cerrado.

— Ábrelo...

En aquel extraño viaje astral, Ava se vio obligada a levantar la tapa del segundo ataúd y entonces descubrió lo que había en su interior.

Le entró una repugnancia terrible, una repugnancia que le hizo retroceder, tropezando ahora contra el féretro que guardaba a la mujer rubia,

Ava quiso lanzar un grito que brotaba de lo más hondo de sus entrañas, mas éste no llegó a salir de su garganta.

— Tranquila, bebe una copa de champaña.

Ava abrió los ojos y se encontró con el rostro de León Adaniev, Estaba frente a ella, sonriente, entregándole una copa. Lady Allison se les acercaba.

— Por favor, míster Adaniev, debe de maravillar a los asistentes con sus poderes...

Ava se quedó con la copa en la mano, sin saber qué hacer ni qué decir.

León Adaniev, antes de alejarse, silabeó:

— Será mejor que reflexiones, podrías quedar encerrada en el segundo ataúd. No ha sido un sueño lo que has vivido, sino algo que existe y que tú has visto en un corto viaje astral.

Ava no acertaba a reaccionar. Vio alejarse a León Adaniev cuando en sus retinas aún bailaba la imagen del ataúd repleto de repugnantes gusanos que se movían, retorciéndose, esperando un cuerpo en el que introducirse para devorarlo,

— Por favor, damas y caballeros, atención, les presento a León Adaniev. Ya les he hablado a todos de este profesor en viajes astrales y otras disciplinas que ahora sería prolijo enumerar. Míster Adaniev nos ha hecho un gran honor aceptando mi invitación. El no es un personaje del mundo del espectáculo, no podrían verle en ningún club, teatro, ni circo, él no es un divertimiento para nadie. Es un estudioso de las ciencias que las universidades se resisten a aceptar, pero que todos sabernos existen. Por favor, un aplauso para míster Adaniev.

El invitado de excepción en la residencia de lady Allison se llevó un aplauso cerrado, mas por quedar bien con la anfitriona que por hacerle justicia a León Adaniev.

Este aceptó el aplauso con una ligera inclinación de cabeza; después se

produjo un silencio y con su voz profunda y tranquilizante se dirigió a todos.

Herbert Perkins volvió a acercarse a Ava y le preguntó;

— ¿Te has hecho amiga de ese sujeto? — Antes de que ella respondiera, prosiguió —: Me gustaría hablar con él, he de escribir algo acerca de esta reunión en el Week Life Magazine, tengo que justificar estar en la nómina.

Mientras, León Adaniev había hablado sobre los viajes astrales, unas explicaciones que no parecían convencer demasiado a los escépticos.

— Haremos una demostración práctica. Por favor, alguien que no tenga miedo.

Se produjo un intenso silencio, nadie se ofreció para la experiencia.

Adaniev se encaró con Herbert Perkins y le interpeló:

— Por favor, caballero, ¿le gustaría viajar al castillo Kornoit?

Perkins miró en derredor como para cerciorarse de que acababan de dirigirse a él y no a otra persona.

— ¿Me lo pregunta a mí?

— ¿Tiene usted miedo? Me refiero a si se deja llevar usted por el terror.

— ¿Yo miedo? No, no creo en los fantasmas ni en nada de eso.

— Magnífico. Entonces, si puede venir hasta aquí, por favor...

Perkins se volvió hacia Ava y le dijo:

— Si no vuelvo vivo del castillo Kornoit, escribe tú la crónica por mí.

Su tono era irónico, pero la muchacha le cogió por el brazo, pidiéndole:

— No vayas, es peligroso.

— ¿Peligroso? Qué tontería.

Las palabras de Herbert Perkins las escucharon los que estaban cerca de ellos. Después, Perkins se acercó a León Adaniev, que resultó aún más alto que el propio Perkins, que le preguntó:

— ¿Va a hipnotizarme?

— No, en absoluto. Un viaje astral no es hipnotismo, aunque algunos falsean el viaje astral hipnotizando al sujeto y haciéndole creer que sí hacen un viaje astral sin que ello sea cierto.

— ¿Y usted conseguirá que yo me vaya de este lugar dejando mi cuerpo aquí?

— Así es, pero antes habría que cumplir una pequeña disciplina. Ya sabe que las leyes británicas son muy estrictas.

— ¿Qué hay que hacer? — preguntó, mientras las miradas de todos convergían en ellos.

— Tengo aquí una hoja en la que dice que no me hace responsable de nada de cuanto pueda acaecerle, que se somete a la prueba de un viaje astral por su voluntad y asumiendo todos los riesgos.

— ¿Tan peligroso es esto? — preguntó Perkins, queriendo’ ser burlón —. Ni que tuviera que pilotar un «fórmula uno».

— No sucederá nada porque, según usted, no tiene miedo.

— Naturalmente que no, pero que conste que si me pone las manos encima, esta especie de documento que le libera a usted de responsabilidades

queda nulo y todos los presentes son testigos.

— Muy bien, todos lo han oído.

Perkins firmó mientras se producía una oleada de cuchicheos.

— Listos — aceptó Perkins.

León Adaniev dobló el documento y lo guardó en uno de los bolsillos de su smoking. Después, pidió:

— Por favor, silencio, mucho silencio. —Se encaró con Perkins—: Usted haga lo que le pida v el viaje astral se realizará sin problemas. Abandonará su cuerpo, saldrá de esta residencia para viajar al castillo de Kornoit, claro que si prefiere visitar algún otro lugar...

— No estaría mal viajar a las playas de las Bermudas, me daría un baño en compañía de agradables indígenas.

— Si prefiere ir a las Bermudas...

— No, no es necesario. ¿Es interesante el castillo del que ha hablado?

— Es fantástico. Cuando regrese, podrá explicar a todos lo que ha visto. Su experiencia será escuchada con sumo interés.

— ¡Qué emoción, Herbert, qué emoción! —exclamó lady Allison.

— Bien, estoy dispuesto.

— Entonces, cierre los ojos y relájese.

— ¿Me he de sentar?

— No es necesario. Relájese, respiré profundamente, pronto su espíritu abandonará su cuerpo.

— ¿Y todos lo verán?

— No, no verán nada, su espíritu es invisible, aunque hay quienes aseguran que si viajan con su cuerpo material a lugares distintos de la Tierra y que se les, puede ver. For favor, cierre los ojos, espire el aire de sus pulmones, aspire ahora... Tranquilícese. Se siente bien. Yo no le pido nada, óigalo bien, no le pido nada. Su mente se inhibe del mundo que le rodea. Usted desea viajar, desea conocer el castillo de Kornoit.

León Adaniev fue bajando el tono de su voz y las palabras brotaron de entre sus labios como una letanía ininteligible que nadie comprendió.

Con una facilidad asombrosa, Herbert Perkins se puso rígido, los colores desaparecieron de su rostro. Había quedado como una figura dentro de un museo de cera, inmóvil totalmente.

León Adaniev explicó:

— Ha habido suerte, no siempre es así. Este caballero que se ha ofrecido voluntario para la experiencia, ha iniciado su viaje astral. Ahora, aunque veamos su cuerpo aquí, él está muy lejos de este lugar. Cuando regrese nos contará lo que ha visto y pueden creerle porque yo no le conozco de nada; jamás lo había visto con anterioridad.

— Es Herbert Perkins, cronista de una revista semanal—explicó lady Allison.

— Bien. Pueden ver que nada me une a él, para mí es un desconocido.

— ¿Y quién puede demostrar que lo que ha visto no es pura imaginación?

— preguntó otro de los presentes.

— Si no están conformes, puede viajar a otro lugar, un lugar adonde tampoco haya ido nunca. Nos explicará lo que ha visto y después, cualquiera de ustedes, por teléfono, podrá comprobar algunos de los puntos, como puede ser la hora en un aeropuerto, un tipo de avión, la presencia de algún famoso, siempre hay posibilidades de comprobar que alguien ha estado en un lugar determinado. La matrícula de un taxi, las noticias de primera página de un periódico local...

— ¿Sería capaz Herbert Perkins de memorizar todos esos detalles? — preguntó lady Allison.

— Sí. Naturalmente, luego se le puede pedir que lo olvide todo y nada va a recordar.

— ¿Y cuánto tiempo estará de viaje? — preguntó lady Allison, ansiosa.

El rostro de Herbert Perkins comenzó a transfigurarse. Se pintó en él una mueca de horror, la boca se le desencajó. Los ojos se le abrieron alucinados, como queriendo saltar de sus órbitas.

Pareció querer gritar algo y cayó hacia adelante cuan largo era, dando un golpe sordo contra el suelo de parquet. Varias mujeres ahogaron un grito.

León Adaniev se lo quedó mirando y preguntó:

— ¿Hay algún médico entre ustedes?

Dos hombres se adelantaron hasta el caído. Inspeccionaron a Herbert Perkins y luego alzaron sus rostros con preocupación. El mayor de ellos dijo:

— Ha muerto.

Su colega añadió:

— Parece increíble, pero podría jurar que ha muerto de terror.

Ava se había quedado como helada, no sabía qué hacer ni cómo reaccionar ante la súbita e inesperada muerte de su compañero.

Desvió la mirada hacia Adaniev y comprobó que éste tenía sus ojos profundos y misteriosos clavados en ella. El miedo la hizo retroceder poco a poco, alejándose más y más de él.

CAPITULO II

Durante dos días, Ava se sintió enferma. No asimilaba la terrible muerte de Herbert Perkins, al que había llegado a conocer tan bien y con el que había cruzado innumerables bromas.

Telefoneó a la redacción del Week Life Magazine para, disculparse y se ofrecieron a ir a visitarla, pero ella había preferido estar sola.

Mas la soledad de su apartamento comenzó a molestarla y tuvo que recurrir a la música en volumen alto mientras leía revistas intrascendentes.

Al segundo día, el timbre del teléfono la sobresaltó. Tomó el auricular y se enteró de que Herbert Perkins iba a ser enterrado. Ava se disculpó, alegando una fuerte jaqueca, y su compañera de redacción le recomendó:

— Será mejor que vayas al médico, no es bueno que te encierres en tu apartamento después de lo sucedido.

— Se me pasará, sí, se me pasará,

Ava había ocultado la desagradable experiencia personal que tuviera con el enigmático León Adaniev.

Sabía que su problema no era médico y quizá lo mejor fuera acudir a un lugar donde consiguiera aturdirse con un ambiente musical estridente, pero la reciente muerte de Perkins se lo impedía. Tenía miedo, un miedo que no lograba controlar, como era su deseo.

Había comprendido que León Adaniev no era un sujeto vulgar, un embaucador al uso. No, era algo más; si no, ¿cómo explicar la muerte de Herbert Perkins?

Todos habían sido testigos de que Adaniev no había molestado a Herbert Perkins, ni siquiera le había hablado de cosas desagradables. Nadie podía acusarle de nada y, por si faltara poco, tenía el documento en que la propia víctima le excluía de toda responsabilidad. ¿Qué había podido ver el espíritu de Herbert Perkins en su viaje astral? Nadie lo sabía, ni siquiera el propio Adaniev, o bien no había querido explicarlo.

Cuando llamaron a la puerta de su apartamento, se sobresaltó. Aguardó a que repitieran la llamada y tras ajustarse la bata, se acercó a la puerta.

Abrió colocando previamente la cadenita de seguridad.

— ¿Quién es?

Al otro lado de la puerta había un hombre alto, relativamente joven, barbado y con cabellos largos. Su expresión era amistosa y sonriente.

— ¿Ava?

— ¿Quién es?

— Soy Steve Warren, reportero del Week Life Magazine.

— ¿Reportero del Week Life? No es cierto, yo no te conozco.

Iba a cerrar la puerta, expeditiva, pero él consiguió colocar la punta de su zapato para impedir que la hoja de madera se cerrara.

— Soy un nuevo fichaje de la revista. Bueno, en realidad soy libre pero me

van a encargar algunos reportajes. Si quieres llamar a la redacción, puedes comprobar lo que te digo.

Ava dudó. Se apartó de la puerta sin quitar la cadena que impedía la entrada del desconocido y fue hasta el teléfono. Marcó el número que conocía bien y movió la cabeza para apartar el espeso y abundante cabello de su rostro. Esperó.

— Soy Ava, dile a Liz que se ponga. —Aguardó un poco y luego preguntó —: ¿Liz?

— Sí, Ava, ¿te sucede algo?

— ¿La revista ha fichado a un reportero nuevo llamado Warren?

La voz de la compañera llegó clara a través del hilo.

— Oh, sí, es un tipo estupendo, se ha pateado todo el mundo. Es alto, lleva barba y pelo largo. Es un palomo de primera. ¿Por qué me preguntas por él?

— No, por nada, gracias.

Colgó, dejando desconcertada a su compañera de trabajo.

Regresó a la puerta y la empujó para cerrarla primero, en esta ocasión sin resistencia por parte del joven reportero internacional. Tras quitar la cadenita de seguridad, le franqueó la entrada.

— No me encuentro muy bien. ¿Qué quieres?

Steve Warren miró en derredor. Avanzó hasta una butaca y se sentó con naturalidad.

— No he venido a sacarte unas fotografías aunque tu imagen sería fácilmente vendible para muchas revistas que necesitan rostros sexy en sus portadas o en sus posters centrales. ¿No has posado nunca para un fotógrafo profesional?

— Sólo para sacarme los documentos de identidad.

— Bueno, no es para molestarse — dijo él, tomando un cigarrillo de la mesa y encendiéndolo con el propio mechero de gas que allí había—. ¿No tienes una copa? No suelo beber, pero es que tengo la boca seca. Mi profesión es bonita, lo malo es que se cansa uno de patear este maldito planeta en el que vivirnos.

Ava lo observó interrogante. Le desconcertaba el descaro con que se comportaba su visitante, un desconocido para ella. Al fin se decidió a servirle una cerveza.

— No tengo whisky en casa.

— No importa, una cerveza me va muy bien, refresca y limpia los riñones, lo malo es beber muchas.

— Alcoholiza.

— Sí, y da gota y predispone a la obesidad, claro que con los lotes de andar que me doy no creo que vaya a engordar en mucho tiempo. — Le lanzó una bocanada de humo y continuó hablando—: Te estarás preguntando qué hago en tu apartamento.

— Por lo menos, no haces lo que muchos querían hacer estando aquí.

— No creas que soy de piedra, yo también haría lo mismo que desean

hacer esos que te conocen bien, y más después de verte. Me habían contado que eras tocia una hembra.

— Sí, soy una hembra, pero no de consumo para machos.

— No eres periodista, ¿verdad?

— No, sólo secretaria de redacción, aunque si puedo, más tarde o más temprano, seré periodista. Es una profesión que me apasiona.

— Sí, es una profesión apasionante pero más dura de lo que parece. Pasamos ratos muy malos y situaciones difíciles y no digamos las horas perdidas en interminables esperas que al final no tienen satisfacción.

— Pero también está el éxito de un buen reportaje, el placer de la información bien hecha, de la primicia.

— Hablas como si ya te sintieras reportera.

— Os he oído hablar mucho en la redacción, algo tenía que pegárseme.

Steve bebió un trago de cerveza. Luego cruzó sus largas piernas mientras Ava, expectante, se sentaba en el brazo de un sillón; todavía, ignoraba el motivo de la visita de aquel atractivo reportero.

— Te estarás preguntando por qué he venido a verte.

— Pues sí, la verdad. ¿Te envía el viejo Logan?

Logan era el jefe de redacción de la revista y sólo mencionarle, hizo sonreír a Steve Warren,

— No, no ha sido él. Supongo que al personal de plantilla en redacción os controla mucho.

— Quiere eficiencia, y para él, el trabajo es asistencia y dedicación.

— Y la creación, ¿para quién la deja?

— Supongo que para sus propias ideas.

— Sí, eso debe ser. La verdad, Ava, he venido para interesarme por lo sucedido a Herbert Perkins.

— ¿No te han contado lo que ocurrió?

— Me han contado que murió durante una demostración de magia, paraciencia o espiritismo, como quieras llamarlo.

— Eso es, creo que hasta los periódicos lo han publicado.

— Sí, sé lo que se dijo en los periódicos y también conozco los datos de la autopsia.

— ¿Infarto?

— No. Dicen que su corazón no era ningún prodigio pero que estaba bien. Murió de algo de lo que mueren contadísimas personas: de terror.

— ¿Terror, seguro? — repitió ella, notando que se le secaba la garganta.

— No soy médico pero es lo que han dicho. ¿Viste su cadáver al día siguiente?

— No, me puse mala y no he salido de mi apartamento.

— Su rostro estaba tan contraído por el espanto que parecía un viejo de noventa años. Creo que a los médicos investigadores les habría gustado quedarse con el cadáver para estudiarlo.

— ¿Se puede morir de terror?

— Hay opiniones encontradas al respecto. Unos dicen que sí, otros que no, el caso es que Herbert Perkins sí ha muerto de terror. Yo, por lo menos, lo creo así. Fui a la morgue a verlo y si lo que reflejaba aquel rostro de cadáver no era temor, yo no me llamo Steve Warren.

— Es increíble. Delante de todos, eran muchos mirándole y él estaba con los ojos cerrados. De súbito, cayó hacia adelante, ya muerto.

— Creo que a Scotland Yard comenzó a interesarle el caso, pero los médicos han cerrado toda posibilidad de acusación contra el enigmático León Adaniev. Además, tenía un documento en el que el propio Perkins le eximía de toda responsabilidad mientras no le tocara el cuerpo y, por lo visto, no fue tocado por Adaniev ni aun después de estar en el suelo ya cadáver.

— Es cierto, no lo tocó en ningún momento — corroboró la propia Ava con un suspiro tenue.

— Un tipo muy preocupante el tal Adaniev.

— No me gusta ese hombre.

— ¿Por qué?

— Estoy convencida de que tiene poderes mentales superiores a los normales y que los utiliza.

— ¿Cómo?

— No lo sé, sugestionando, hipnotizando,

— Hablas como si le conocieras bien, como si tú misma le tuvieras miedo.

— Se lo tengo,

— Será por algún motivo concreto.

— En la fiesta de lady Allison me abordó unos momentos, habló conmigo.

— ¿Sobre qué?

— Sobre los viajes astrales.

— ¿Te propuso alguno?

— Sí,

— ¿Hacia el castillo Kornoit?

— No, no... O mejor, no lo sé. —Sacudió la cabeza y se llevó las manos al rostro, no sabía si intentando olvidar o para recordar mejor.

— Me interesa ese hombre — dijo Warren—. Quiero hacer un reportaje sobre él, pero no con las consabidas preguntas y respuestas donde el personaje, más que una entrevista, recibe publicidad gratuita. Quiero hablar de él desenmascarándole.

— Creo que no vas a conseguirlo.

— ¿Por qué no? Siempre que me he propuesto un reportaje lo he conseguido — manifestó Warren sin pedantería ni arrogancia.

— Si te propusieras un reportaje para desollar a alguien y al investigar a tu personaje te dieras cuenta de que es honrado, de que no miente, ¿lo desollarías?

— No, yo también quiero ser honesto.

— ¿Qué harías entonces?

— Terminar el reportaje y presentarlo tal como lo hubiera descubierto,

claro que el reportaje tendría que ser más corto. Es más vendible un reportaje que aplasta y desuella que otro que habla bien de la gente y la «garra», la atención de los lectores, no se puede descuidar. Siempre hay colegas que se dedican a hacer apologías de los que mejor les pagan o de quienes esperan recibir prebendas y favores, 9

— Con León Adaniev tropezarías con la verdad, él no miente.

— ¿Le consideras honrado?

— Le creo maligno, pero estoy convencida de que no miente.

— ¿En qué te basas para pensar así?

— ¿Por qué tengo que contarte más cosas, Steve? Si quieres saber algo sobre León Adaniev, ve y pregúntale a él.

— Pienso hacerlo, pero antes quiero formarme una idea de cómo es y cuáles son sus intenciones, aunque debo confesarte que ya había oído hablar antes de ese hombre.

— Pues yo no.

— Estaba por el continente, creo que fue en Austria la última vez que oí hablar de él.

— Sí, sé que no es británico.

— Creo que es conveniente que sepas que Herbert Perkins no es el único que ha muerto bajo la sugestión, el hipnotismo o como quieras llamarlo, de ese León Adaniev.

— ¿Han habido otros muertos? — se estremeció Ava.

— Sí, y todos de terror. Bueno, en algún caso ha sido el corazón el que ha fallado. ¿Te das cuenta de lo peligroso que es ese hombre? Basta con que te sugestione para que te conviertas en su víctima y la policía no pueda actuar sobre él. El terror sólo se produce en la mente de la víctima. Siempre lleva a cabo sus asesinatos, porque yo a eso le llamo asesinatos, en presencia de muchos testigos.

— Pero, si es un asesino como tú supones, ¿por qué, por qué mata?

—Lo ignoro. El jamás admitirá que ha matado a nadie, ni siquiera la ciencia médica puede acusarle de asesinato porque no acepta los poderes incontrolados de la mente, y parece que León Adaniev sí los controla.

— Antes de que Herbert muriera delante de todos, ese hombre, ese mago, no sé cómo llamarlo, me pidió que fuera su compañera.

— Sigue, es interesante lo que cuentas.

— No, no pienses que me pidió que me acostara con él.

— Eso sería lo normal con sólo verte, eres muy hermosa; pero sigue, sigue.

— Me pidió que trabajara con él, que fuera su acompañante en sus exhibiciones o demostraciones. Dijo que llevar una mujer hermosa al lado ayuda mucho.

— Los magos suelen llevar una bella compañía, de este modo desvían parte de la atención del público de ellos mismos. Un gesto de esa mujer, hecho en el momento adecuado, como llevarse la mano a los pechos o a otra parte, es suficiente para que el exhibicionista pueda amagar su truco.

— Es que ese hombre no es un exhibicionista, yo creo que lo que hace es sin truco alguno.

— En ese caso, serías una especie de sacerdotisa o acolita. Eso se estila mucho entre muchas sectas satánicas.

— Esa es la palabra, satánica — suspiró Ava.

— ¿Crees que León Adaniev es un satanista?

— Yo no creo en el diablo ni en esas cosas, no creo pero...

— Tienes miedo.

— Sí, lo tengo.

— Cuéntame qué te ocurrió.

— Fue algo muy extraño, no sé ni cómo sucedió. Sin salir de la fiesta, me vi en una cripta y allí había dos ataúdes. En uno yacía una mujer muerta que me producía horror, parecía que de un instante a otro fuera a levantarse y a lanzarse sobre mí.

— ¿Y el otro ataúd?

— Estaba lleno de gusanos, gusanos horribles que se retorcían, gusanos que parecían estar esperando un cadáver. Me dio mucho asco y horror.

— Es evidente que te sugestionó o hipnotizó. Luego, ¿qué te dijo?

— Que si no aceptaba trabajar con él terminaría en aquel ataúd. Luego, al ver morir a Herbert Perkins, entonces... entonces sí que me aterré y no me atrevo a salir de mi apartamento.

Antes de que Steve Warren pudiera responder, sonó el teléfono. Ava fue hacia él y lo descolgó de forma mecánica.

— ¿Diga?

— Ava, a las nueve de la noche acude a Lincoln Street, número cuatro tres uno. Te espero.

— Pero, es...

Se cortó la comunicación. Ava pudo escuchar el pitido que indicaba que la línea telefónica había quedado libre.

— ¿León Adaniev? — preguntó Steve Warren.

Todavía con el auricular en la mano, muy pálida, con los labios trémulos, Ava asintió.

— Sí.

CAPITULO III

El taxi la dejó delante del 431. Ava quedó sola en la acera.

La noche se había cerrado, circulaban muy pocos vehículos por aquella calle y había un buen número de coches estacionados.

Las dos farolas más cercanas estaban apagadas o averiadas.

Resultaba difícil ver el número del portal; el propio taxista, con su deducción profesional, había ido contando los portales a medida que avanzaba.

Ava no pensó que podía ser asaltada por delincuentes nocturnos, hombres que se apoderaban de la noche de las grandes metrópolis occidentales como si fueran fieras; no pensó en ellos porque estaba demasiado preocupada por lo que pudiera suceder.

Después de vacilar un poco, avanzó hacia el portal.

Buscó el tablero de los timbres. Su mano, al apoyarse en la puerta, se percató de que ésta cedía y la empujó hasta abrirla.

De pronto, sin que ella pulsara botón alguno, se encendió la luz.

Por la escalera descendió una mujer maciza y cuarentona, quizá rayando ya en los cincuenta. Vestía de una forma estrafalaria y anticuada, incluyendo un sombrerito con flores.

— Querida, creíamos que ya no ibas a llegar — le dijo muy efusiva, abrazándola y besándola en las mejillas.

Ava, desconcertada, se vio cogida por el brazo y la desconocida la llevó escaleras arriba hasta llegar al primer rellano, donde una puerta estaba abierta.

Entraron en una casa muy oscura y caminaron hasta una salita iluminada por unos quinqués. Allí había otras dos mujeres que reían en torno a una mesa cubierta por un mantel verde. Jugaban a cartas.

— Siéntate, querida, haremos pareja tú y yo.

— Creo que me he equivocado... — balbució, desconcertada.

— No, no. Anda, siéntete, hace rato que te esperábamos.

Sin saber cómo salir de aquella situación, Ava se encontró sentada frente a las tres mujeres mientras una de ellas repartía naipes.

Ava no entendía nada. Había acudido a la llamada de León Adaniev por temor y se encontraba jugando con tres cincuentonas desconocidas que semejaban extraídas del pasado, un pasado que podía ubicarse en el siglo anterior.

— ¡Basta, no juego más, yo no he venido a jugar! — exclamó de pronto, arrojando sus cartas sobre la mesa, resuelta a no seguir adelante.

Cuando esperada una reacción de protesta por parte de las tres mujeres, se produjo un silencio, un silencio tan profundo que le dio la sensación de que se creaba un vacío dentro de ella, como si pudiera oír los latidos de su propio corazón o, más aún, el deslizarse de su sangre por el interior de las venas.

Las tres mujeres habían quedado quietas, extraordinariamente quietas,

mirándola con los ojos muy abiertos, sin parpadear, como si en vez de personas' fueran estatuas de cera.

— ¿Qué pasa ahora?

— Nada — respondió una voz que la sorprendió, sobresaltándola.

De un rincón oscuro de la estancia brotó la figura alta y delgada de un hombre que avanzó, quedando iluminado por la luz de las velas.

— León Adaniev...—musitó Ava.

— Yo te he pedido que vinieras.

— ¿Y estas mujeres? — preguntó Ava, confundida.

No podía comprender cómo aquellas tres mujeres, antes tan vivaces, de pronto quedaban estáticas, como figuras inanimadas.

León Adaniev, con su aspecto que imponía, con el cinismo de quien está de vuelta de todo, se acercó a la primera de las mujeres.

Le cogió la cabeza y se la separó del tronco como si fuera una cabeza depositada sobre un pedestal simplemente. Acababa de despegar la cabeza del tronco como si nada les hubiera unido antes.

La mostró en alto y después la dejó sobre la mesa de juego.

Acto seguido, descabezó a otra de las mujeres y también la colocó encima de la mesa, junto a la otra. Repitió la operación con la tercera.

Ava quedó muda de terror al ver a las tres mujeres que poco antes creía tan vivas como ella y que ahora estaban decapitadas.

Las tres cabezas reposaban sobre la mesa y la miraban con una mueca entre sarcástica y desagradable.

¿Estaba loca? ¿Cómo podía ser que León Adaniev hiciera todo aquello delante de sus ojos? No podía creerlo.

Sacudió la cabeza con fuerza, notando cada vez más imperioso en su garganta el deseo de gritar.

— No es necesario que grites, no voy a separar tu cabeza de tu hermoso cuerpo, te quiero completa. Sólo pretendía ofrecerte una muestra de cuáles son mis poderes.

— No entiendo nada, no entiendo nada. ¿Cómo puede hacer eso, qué significa todo esto?

— Sólo quiero que comprendas que soy muy poderoso. Puedo hacer que veas lo que se me antoje, exista o no exista.

— ¡Todo eso es mentira, mentira, sólo una maldita ilusión diabólica! — gritó Ava.

Se abalanzó sobre la mesa y barrió con su mano las cabezas que cayeron al suelo, rebotando como si fueran de goma mientras las tres iniciaban una estridente carcajada.

Reían, reían, botando como si jamás fueran a quedarse quietas.

León Adaniev, siempre seguro de sí mismo, sin perder la calina, le dijo:

— De mí mano conocerás el mundo, tendrás todos los lujos y placeres. Yo te daré lo que pidas mientras tú me acompañes.

— ¡Todo lo de los viajes astrales es mentira, mentira! — gritó, para que su

protesta pudiera oírse por encima de las carcajadas de las tres cabezas.

León Adaniev recogió las cabezas y las fue colocando sobre cada uno de los troncos, como si nada hubiese ocurrido, aunque las mujeres continuaron quietas como estatuas. Ya no reían, semejaban figuras de cera.

— ¡Es mentira, mentira!

— No es mentira. Yo puedo hacer que viajes hacia lugares donde no has estado jamás.

— ¿Como Herbert Perkins?

— Sí.

— ¿Y qué vio él?

— El castillo de Kornoit. No pudo soportar lo que vio allí y por eso murió de terror. ¿Quieres viajar tú hacia ese lugar?

Asustada. Ava retrocedió un paso.

— ¡Ese castillo no existe! '

— Sí existe.

— Es sugestión, como lo que ha hecho con las cabezas de estas mujeres, todo sugestión.

— ¿Tú qué crees, Ava, que estas mujeres existen o no existen? —preguntó, riéndose después.

Ava quiso negar que existieran, pero ella había tocado las cabezas con sus manos.

Estaba confundida, no estaba segura de nada. Necesitaba algo donde agarrarse, algo real que volviera a darle el equilibrio perdido.

— ¿Quién es usted en realidad?

— Algún día puede que te hable de mí, Ava, Por ahora creo que con lo que has visto es suficiente para que sepas de mis poderes. He jugado contigo y tú no has podido evitarlo. Los viajes astrales son otra cosa, es más difícil acceder a ellos. Hay que colaborar, hay que desear el viaje y salir del propio cuerpo. No son pocas las personas que realizan viajes astrales, pero casi siempre son viajes involuntarios, viajes hacia lugares que se habían previsto de antemano y en los días y horas menos esperados. Yo puedo hacer más, mucho más. Si lo deseas, puedo enviarte al castillo de Kornoit o más allá de la misma muerte, al mundo de los muertos.

— ¡No, no quiero nada, déjeme libre, déjeme!

Ava corrió en busca de la salida y no la encontró.

Fue de pared en pared y todas parecían macizas, con los huecos tapiados,

— ¡Quiero salir, quiero salir de aquí!

De pronto, al dejar de gritar, escuchó las voces de las mujeres que hasta aquel momento permanecieran quietas y calladas como figuras de cera.

Se volvió hacia ellas y las vio jugando a los naipes mientras parloteaban incansablemente.

Ava buscó con la mirada a León Adaniev pero ya no estaba allí, había desaparecido, era como si se hubiera esfumado.

Aquello era más de lo que podía soportar.

La locura la estaba envolviendo con su manto de confusión cuando, de pronto, descubrió algo real donde agarrarse.

Una puerta se abrió a su lado y, sin dudarlo, se precipitó por ella, encontrándose con unas escaleras amplias pero mal iluminadas que bajó a saltos, a la desesperada, jadeante, ahogando los gritos, hipando hasta que una bocanada de aire fresco le dio de lleno en el rostro.

Estaba en la calle, era de noche y lejos, pero no lo suficiente para dejar de verlo, un policeman hacía su ronda. ¿Qué podía decirle? ¿Adónde la llevaría, acaso a un manicomio?

Ava echó a correr por la calle en medio de la noche como si fuera un ladrón nocturno al que acabaran de sorprender.

CAPITULO IV

Steve Warren aplastó el cigarrillo contra uno de los ceniceros de cristal en el que podía leerse, como en tantos otros ceniceros repartidos por la redacción, Week Life Magazine.

Fue hacia la mesa en que estaba Ava y se sentó en el borde mientras la enfocaba con su Rollei reflex mirando desde lo alto. La joven se lo quedó mirando, estaba muy pálida pero trataba de sobreponerse.

— ¿Qué haces?

— Te voy a tomar un primer plano del ojo derecho. Cuando haga la ampliación, te la daré.

— No digas tonterías.

— No es ninguna tontería. Luego, a lo mejor me vendo el negativo a una empresa publicitaria y no te pagaré los royalties, soy muy granuja, me irás conociendo con el tiempo.

— Steve, tengo miedo.

— Me da la impresión de que saldrá un ojo triste, pero no dejará de ser maravilloso. — Se escuchó el clic de la cámara —. Otro día, cuando estés más alegre, te haré otra fotografía del ojo y verás lo expresivos que son tus ojitos azules. Espera, te sacaré un primer plano de los dos ojos al mismo tiempo. Tú no te das cuenta, pero tienes una mirada especial.

Ava no sabía si tomárselo en serio o en broma, el caso es que Steve Warren, el reportero que había pateado el mundo con sus máquinas buscando lo insólito, la denuncia, lo mismo podía estar jugando que haciendo algo muy serio.

Quizá trataba de ayudarla a levantar el ánimo que ella misma se daba cuenta de que estaba muy bajo.

— Bien, ya está, ahora explícame, ¿Cómo te fue con el mago Adaniev?

— fe he dicho que tengo miedo. Ese hombre tiene poderes mentales más fuertes de lo normal.

— ¿Crees que es un superdotado?

— Sí, diabólicamente superdotado. Cuando se lo propone, te hace vivir el horror.

— ¿No será un acólito de Satanás?

— ¿Lo preguntas en serio?

— ¿Por qué no? Yo no creo en Satán, pero el satanismo está de moda.

— Si no crees en Satán, ¿cómo dices que él puede ser un acólito de Satán?

— Puede serio, siempre estoy dispuesto a admitir que me he equivocado.

— A Herbert lo mató ese hombre.

— Yo también lo creo.

— Pero la Justicia no ha hecho nada,

— No puede hacerlo, no se le puede acusar alegando que el arma del crimen fue su poder mental. Además, tenía la conformidad por escrito de su

víctima. Creo que Herbert Perkins se sobreestimó, fue demasiado arrogante.

— A mí, Adaniev me hizo pasar unas experiencias terribles.

— ¿Ayer?

— Sí.

— ¿Se pueden contar?

— Tanto como poderse contar, sí, pero son como una pesadilla.

Le contó por encima lo ocurrido con las tres mujeres.

— Te sugestionó.

— Sí, ya lo sé, pero dijo que lo de Herbert era distinto, que él sí hizo el viaje astral.

— He oído hablar mucho de los viajes astrales y, por ahora, no creo en ellos. Eso de que la supuesta parte espiritual de un individuo se separe de) cuerpo físico...

— Hay gente que si cree en los viajes astrales y los explican con todo detalle.

— ¿Has leído alguna de esas revistas de parapsicología?

— Una, no, un montón.

— ¿Te propuso a ti hacer un viaje?

— Sí, pero me asusté. Me preguntó si quería ir al castillo de Kornoit.

— Ese castillo debe tener algo especial para Adaniev.

— Sí, eso parece, y en ese castillo debe estar el cénit del horror.

— Sería divertido viajar hasta ese castillo.

— ¿De verdad crees que Herbert viajó a ese lugar?

— ¿Cómo murió, si no? Te aseguro que éste podría ser uno de los mejores reportajes de mi vida. El te propone ser su ayudante, su acompañante, ¿verdad?

— Sí.

— Si no aceptas, se vengará de alguna forma y tú le tienes miedo, ¿no es así?

— Sí, le tengo miedo.

— Tú crees que puede torturarte sugestionándote, hipnotizándote o algo similar, produciéndote terror, en suma.

— Así es.

— Eso podrías denunciarlo al juez.

— ¿Y si él dice que soy una maniática y acabo en un manicomio? Creo que delante de un juez o incluso de un psiquiatra, ese hombre me haría pasar por idiota. Influye en mi mente. ¿Cómo, si no, iba a ver a tres mujeres sin cabeza, tres cabezas que botaban en el suelo como pelotas mientras no cesaban de reír?

— Sí, cualquiera podría decir que estabas alucinada, bastaría que él dejara resbalar una toma de L.S.D. en un bolsillo tuyo o en el portamonedas para que al descubrirla te calificaran de inmediato de drogadicta.

— Sí, ése es mi temor. No acudo a la policía por miedo a salir perdiendo y, la verdad, no sé cómo escapar de ese hombre. He pensado acudir a un

psiquiatra, pero temo que él comience a preguntarme si de pequeña mojaba la cama.

— Sería lo más probable. Ahora, piensa qué es lo que más te conviene.

— Abrir la ventana y salir volando.

— Te harías daño, solamente estamos en un principal. Te romperías algún que otro hueso y con la escayola podrías moverte muy mal.

— Me da la impresión de que te estás burlando de mí.

— No me burlo, sólo hago que reflexiones por ti misma sobre lo que más te conviene para que tomes una decisión consecuente.

— Lo que tú quieres es que le acompañe, ¿verdad?

— No pienses en mí, decide por ti misma. Si aceptas trabajar con él, yo estaré cerca de ti y recogería todas tus impresiones. Ha de haber alguna forma de desenmascarar a ese hombre. No se le conoce a nivel popular, no es un sujeto que se exhiba en los teatros. No es un mago de circo, pero en muchos ambientes de gente adinerada sí se le conoce bien y se le invita para que haga sus demostraciones. Un reportaje sobre Adaniev sería bien recibido, máxime si él dijera nombres de personas que le invitan. Quizá estirando del hilo pondríamos al descubierto un buen pastel.

— Pero quien se jugaría el físico, quiero decir, la cordura, sería yo y tú te llevarías la fama.

— Palabra que firmaríamos el reportaje los dos.

— Antes me has dicho que eres un granuja. ¿Cómo puedo fiarme de ti?

— No puedo darte garantías, tendrás que fiarte de un granuja. Lo que sí puedo asegurarte es que si tienes problemas, yo estaré cerca de ti para ayudarte.

— ¿A ir al manicomio?

— No seas tan derrotista. ¿No quieres ser reportera?

— Sí, pero...

— Pues, como vulgarmente se dice y perdona la expresión, hay que mojarse el culo. El trabajo de un reportero no consiste sólo en poner un bonito título con garra y la firma debajo con alguna que otra fotografía en que se pueda ver lo listos que somos. En ocasiones, el propio reportero ni saborea el éxito de su trabajo porque cuando aparece publicado él ya está en las antípodas, pateando alguna selva donde se libran batallas sobre las que hay que escribir, Yo, en cierto modo, ahora estoy de reposo. No es que me haya torcido el dedo gordo del pie y que no pueda caminar o que tenga que actualizar mi pasaporte o inyectarme alguna vacuna para pasar controles internacionales, simplemente que he decidido tomarme un poco de tiempo para raí. Quiero escribir algo interesante sin salir de Inglaterra, claro que si hay que viajar al castillo de Kornoit para morir de horror, me olvidaré de mi supuesta torcedura del dedo gordo del pie derecho,

— Tonto.

Steve Warren, sin abandonar su sonrisa de cínico, de hombre que había visto mucho y malo por el mundo, le preguntó:

— ¿Aceptarás ese trabajo, entonces?

— No.

— Hum, creí que ibas a decir que sí.

— Tú me has levantado el ánimo y me he acordado de que el empleo que tengo en la redacción me cosió mucho de obtener. Si me voy con León Adaniev, lo pierdo.

— Pide las vacaciones anticipadas, ahora es invierno y no habrá problema para que te las concedan. Todos prefieren hacerlas en verano para irse a broncear a España, a las costas mediterráneas.

— Si pido las vacaciones ahora, no podré disfrutarías en verano.

— Y si no las pides, te quedas a merced de la venganza del malvado Adaniev.

— Lo dices de una forma que todo pierde seriedad y dramatismo.

— Si estás temerosa junto a ese hombre, te dominará. Ve con escepticismo, con desenfado, quizá hasta lo pongas nervioso y si acabas trabajando con él, no le digas que yo he hablado contigo de este asunto o que voy a estar cerca de ti.

— ¿Tienes miedo de que se vengue de ti?

— No, temo por ti.

— Está bien, tú ganas. Le pediré al jefe Logan que me dé las vacaciones ahora; si me dice «O. K.», llamaré a Adaniev y que el cielo me proteja.

— No temas, venceremos a ese brujo. Te daré una serie de teléfonos, si no me encuentras en uno, llama a otro. La Week Life Magazine no me tiene en exclusiva y ando rodando por varias redacciones. Uno de los teléfonos es de un pub.

— ¿Ninguno corresponde a tu guarida?

— Sí, el último, pero allí es donde paso menos tiempo. Es un apartamento minúsculo donde guardo mis trastos, me sirve más de armario que de casa. Eso sí, tiene buenas cerraduras para que no se me lleven los magnetófonos, las cámaras y el equipo fotográfico. Prefiero revelar las fotografías por mí mismo, hay ocasiones en que una indiscreción puede costarte muy cara y los compañeros de la profesión no somos tan leales entre nosotros como debería de ser. Una primicia noticiable es como una chica para hacer el amor, con tal de pisársela al compañero todo vale.

— Un tipo como tú, al que pagan tan bien sus reportajes, ¿cómo vive en un apartamento minúsculo?

— Porque no me pagan tanto como dicen, y lo que me pagan me lo gasto en material. Soy como un niño, cuando veo artilugios electrónicos no puedo resistirme al consumismo. Me parece que algún día tendré que abrir un bazar de chismes electrónicos aptos para fotografías. Oye, ¿qué te parece si te hiciera un desnudo fotográfico?

— ¿Cómo?

— A simple ojo se ve que estás magnífica. Un desnudo siempre es hermoso y para estos casos, puedo ser un artista.

— Los fotógrafos y los pintores, mientras pueden, siempre terminan encima de sus modelos.

— O debajo — sonrió Steve.

— ¿Debajo?

— Sí, cuando ellos ya son demasiado viejos; pero, no temas, no haré nada que tú puedas reprocharme.

— Eso es muy ambiguo.

— No querrás que té dé un documento sellado y firmado en el que me comprometa a que no voy a tocar tu piel con ninguno de mis apéndices,

— No soy tan tonta, pero eres un granuja, tú mismo lo has dicho antes, y a lo peor algún día aparecía alguien mostrándome mi propia imagen como póster central de una revista porno.

— Bueno, dejemos esta discusión para otro momento. Tú eres libre y yo no te obligo a nada, pero si en algún momento deseas que te inmortalice con alguna de mis fotografías, me lo dices y seré todo un profesional o mejor, todo un artista.

— Eres increíble, Steve. Estaba hundida y tú has conseguido subir mi moral. Ahora, visto así, me parece una tontería temer a Adaniev, lo veo absurdo.

— Así me gusta, que seas valiente, pero tampoco te pases por exceso de confianza. Herbert Perkins cometió la torpeza de subestimar a ese brujo y ahora está en el cementerio.

CAPITULO V

Ava pasó por el taller mecánico para recoger su pequeño utilitario, un coche quizá demasiado pequeño para enfrentarse a las autopistas, pero ya tenía la maleta lista.

Firmó el talón con el que pagó la reparación y colocó la maleta en el asiento posterior para no molestarse en meterla dentro del pequeño portaequipajes.

Caía la tarde y el cristal parabrisas se llenó de finísimas gotitas que enturbiaban la visión. La muchacha puso en marcha el limpiaparabrisas que comenzó su monótono «zum-zum».

Conectó el cassette, tenía necesidad de oír música, una música folk-blues sedante y algo melancólica que conjugaba con el viaje bajo la fina lluvia que charolaba el asfalto.

El viaje no era muy largo, algo más de cien millas hacia el noroeste. Los paisajes se oscurecieron y la visión quedó reducida a lo que iluminaban los faros.

Mientras viajó por la autopista, lo hizo con tranquilidad, pero cuando se salió de ella, internándose por una carretera de condado, le molestó la luz de los faros que venían en dirección contraria y teniendo por medio la lluvia.

Redujo la velocidad para vigilar los mojones de la carretera y los indicadores hasta que se salió del asfalto para introducirse por un amplio camino de gravilla flanqueado de árboles.

Llegó frente a una gran verja. Estaba cerrada y no se veía a nadie cerca, lo que era lógico teniendo en cuenta la lluvia.

Los faros iluminaban la verja y detrás sólo se veían altos setos, la mansión del coronel Spencer Willow.

Pese a que llevaba impermeable y paraguas, Ava no tuvo ningún deseo de abandonar aquel cascarón de metal, vidrio y plástico que la aislaba del mal tiempo, aunque había momentos en que las ruedas de su vehículo, excesivamente pequeñas, se internaban en lugares donde el agua rebasaba el palmo de altura.

Tocó el claxon varias veces, con insistencia, y aguardó mientras encendía un cigarrillo.

Buscó su propio rostro en un espejito de mano con luz incorporada que había comprado ya no se acordaba en qué drugstore.

Había dado varias chupadas al pitillo cuando apareció un hombre embutido en un chubasquero negro que le llegaba hasta los pies. En la mano portaba una linterna de plástico protegida contra la humedad.

Junto a él había dos perros grandes, dos daneses, uno manchado en negro sobre blanco y el otro en gris sobre marrón.

Ava pensó que las fauces de aquellos animales, cada uno de los cuales pesaría el doble que ella, eran de temer, pero sólo ladraban en tono de

advertencia y no de agresividad.

El vigilante que abría la puerta los mantenía bajo sus órdenes de mando.

A Ava le bastó que le abrieran la cancela para adelantar su vehículo, adentrándose en la propiedad del coronel Spencer Willow, una propiedad que tenía una puerta, pero por su amplitud carecía de una cerca sólida.

La mansión, edificada en piedra, era grande: planta, dos pisos y un desván alto debido a los muchos grados de desnivel del tejado de pizarra.

Se acercó al atrio; ignoraba dónde podría estar la cochera, ya que allí no había ningún auto para orientarse.

Un hombre también con chubasquero negro le abrió la portezuela del coche y Ava se apresuró a salir, sacando también su maleta.

— Bien venida a la mansión del coronel Willow, miss. Por favor, ¿me deja las llaves para trasladar su automóvil a la cochera?

Cuando Ava oyó decir la palabra «automóvil» refiriéndose a su pequeño utilitario, casi le entró risa. Entregó las llaves y escapando del frío y la humedad, cruzó la entrada de la mansión.

Una mujer alta, huesuda, dura de rostro y vestida de oscuro, casi se tropezó con ella. No era fácil que aquel rostro sonriera.

— Ah, buenas noches — saludó Ava, un poco sorprendida.

— ¿Es usted miss Ava?

— Sí, yo misma.

La mujer que acababa de interpelarla miró con cierto desdén 3a pequeña maleta y luego dijo:

— Soy Mrs. Clare, el ama de llaves del coronel Willow. Sígame y le mostraré su aposento.

Ava se hallaba sorprendida de todo aquel ambiente que parecía haber quedado ya para la historia. Era la primera vez que se internaba en una residencia como aquélla.

Mrs. Clare, que debía conocer cada losa marmórea de la planta baja, cada pieza de parquet de los pisos, cada escalón de la residencia, condujo a Ava con rapidez hacia el segundo piso.

Una vez en él, le mostró una alcoba espaciosa que tenía un ventanal que daba al parque. Instintivamente, Ava se acercó a la ventana.

Mrs. Clare, con su voz oscura y poco amable, dijo:

— Durante el día se ven los prados.

— Pues es una pena que sea de noche y que llueva — le respondió Ava.

— ¿Ha cenado ya?

— Sí,

— Daré aviso a míster Adaniev de su llegada.

— Ah, ¿ya está aquí?

— Sí, ya ha llegado; está en el saloncito, con los demás invitados.

— ¿Dónde está el saloncito?

— Cuando llegue al pie de la escalera principal que da al gran salón, diríjase a su derecha. Encontrará una puerta abierta que da a la antesala del

saloncito.

— Bien, bajaré dentro de un rato.

— Los caballeros están de smoking — le puntualizó Mrs. Clare sin disimular su desprecio hacia la joven que, según su particular punto de vista, no pertenecía a la ciase social del coronel Willow.

— Ah, pues muy bien — aceptó Ava.

Mrs. Clare se alejó, dejándola sola.

Ava suspiró; se sentía agobiada por la presencia de aquella mujer áspera y enjuta. Buscó en la mesita de noche un teléfono que no halló, lo que la decepcionó, estaba acostumbrada a tener un teléfono al alcance de su mano.

La cama era alta, con dosel, y le pareció casi de museo. Por lo visto, en aquella casa se tenía mucho amor a lo antiguo, aunque habían aceptado la luz eléctrica, lo que ya era un éxito contra el reaccionarismo de su propietario.

Abrió su maleta y extrajo un traje pantalón de perneras anchas, muy elegante, de seda salmón.

Poco más tarde, Ava abandonaba su cuarto procurando orientarse dentro de aquella gran mansión que cuando menos tendría tres siglos, aunque posteriormente se hubiera remozado para actualizarla, darle lujo y confort según la época.

Al acercarse a la gran escalinata que subía desde el gran salón, se detuvo porque le pareció escuchar un grito, un grito de mujer lejano.

Aguzó el oído, mas el grito no se repitió y tuvo la impresión de que sólo había existido en su mente.

Caminar por aquella casa desconocida y en soledad, imponía.

Descendió al gran salón y buscó la puerta que le indicara Mrs. Clare. Anduvo hacia ella y pasó a la antesala que daba al confortable saloncito, donde el fuego llameaba en la gran chimenea-hogar.

Nada más entrar en aquella estancia, ocho pares de ojos se clavaron en ella. Ava observó entonces que todo eran hombres, hombres de edad avanzada, escaso o blanco cabello, hombres con mil arrugas en sus rostros que no le parecieron afables ni simpáticos.

Un hombre delgado, de estatura media, muy elegante en su aspecto y ademanes, se separó de la chimenea donde se hallaba con un cigarrillo entre los dedos.

— ¿Miss Ava?

— Sí. Creí que estaría aquí míster Adaniev.

— Se ha disculpado un momento, en seguida regresará. Por cierto, pese a que míster Adaniev nos ha "hablado muy bien de usted, no le ha hecho toda la justicia que merece.

Ava forzó un «gracias».

No le gustó sentirse el centro de todas las miradas. Siempre le había gustado ser observada por los hombres, pero aquellos viejos tenían unos ojos cargados de malignidad, quizá de vicio.

Se imaginó que en cada una de aquellas mentes seniles estaba siendo

desnudada y violada.

— Soy el coronel Willow, es usted mi invitada.

— Sí, eso parece.

— Le serviré un poco de whisky.

— Gracias — aceptó Ava, por tener algo entre las manos. Se sentía nerviosa y no sabía exactamente si la presencia de Adaniev la habría de ayudar o la pondría más nerviosa aún.

— La anterior compañera de míster Adaniev era muy hermosa, pero usted la supera, indudablemente — comentó otro de los viejos allí reunidos.

— Gracias otra vez, me están ustedes abrumando.

El coronel Willow le entregó el vaso de whisky sin soda ni hielo, whisky solo y seco, mientras comentaba:

— Pensará usted que esto es una reunión de viejos carcamales y, la verdad, no se equivoca. — Hubo risas sarcásticas, risas huecas—. De cuando en cuando, celebramos esta clase de reuniones.

— Ah, estás aquí, Ava.

Se volvió. León Adaniev, vestido con un impecable chaqué, se hallaba en el umbral de la puerta, casi a su espalda.

— Es muy bella su nueva acompañante — opinó el coronel Willow—, lo estábamos comentando ahora.

— Me ha costado convencerla para que sea mi acompañante, miss Ava es un poco reacia. Ella asegura no creer en muchas cosas; pero tiene miedo y al fin ha comprendido cuál es el camino que más le conviene.

Ava hubiera querido replicar a aquel hombre al que efectivamente temía y al que comenzaba a odiar. Se preguntó dónde estaría Steve Warren en aquellos momentos.

— ¿Cuándo comenzará la celebración? — preguntó Willow.

— Pronto, muy pronto. Ava, ven conmigo.

Ava fue hacia la salida, pero antes se volvió para obsequiar con una sonrisa a aquellos ocho hombres.

— ¿De qué celebración hablan?—• preguntó a Adaniev.

— No seas ingenua. ¿Para qué crees que hemos venido aquí?

Adaniev se movía con soltura y ligereza dentro de la enorme mansión y condujo a la muchacha a una pequeña estancia donde había un biombo de espejos con seis hojas,

— Todo irá bien, ahora puedes cambiarte.

— Un momento, un momento, yo no sé hacer nada.

Adaniev sonrió, malicioso.

— Sé que piensas que no sabes hacer nada, pero sabes hacer más cosas de las que tú misma crees. Llevas el espíritu de la hembra salvaje dentro y sólo tienes que desembarazarte de esas inhibiciones y soltarte, mostrar tu feminidad visceral tal cual es.

— ¿Qué?

— Ya lo irás entendiendo. Ahora, cámbiate de ropa, ponte exclusivamente

lo que ves en este colgador. Tu ropa la dejas aquí, nadie va a tocarla.

Un momento, un momento.

— ¿Qué sucede ahora?

— ¿Qué clase de representación o reunión será?

— Los viejos añoran muchas cosas que ya quedaron colgadas en su pasado. Se reúnen para recordar y yo les ayudo, ése es mi papel.

— ¿Cómo les ayuda?

— Con mi poder de sugestión. Hoy no habrá viajes astrales o quizá sí, nunca se sabe cómo va a terminar una reunión de esta clase — dijo, misterioso.

Ava deseó hacerle más preguntas, preguntas que se agolpaban en su garganta; pero Adaniev, escurridizo como un reptil, salió de la estancia dejándola sola.

La joven comenzó a lamentar haber acudido a la llamada de aquel sujeto sin duda maligno, pero ya no tenía remedio. Se miró al espejo y se vio con gesto poco simpático. Sonrió forzadamente y se preguntó a sí misma:

— ¿Qué querrán los condenados viejos?

Se volvió hacia las ropas, eran como de mujer árabe, gasa y seda bordada con minúsculas lentejuelas que parecían de oro. También había unas babuchas bordadas con perlas y pedrería. Se dijo que todo aquello debía ser falso. Al fin, se encogió de hombros.

— Bien, me vestiré de hurí...

Se desnudó y se examinó ante el espejo como si antes jamás hubiera visto su propio cuerpo, su busto, su cintura, el triángulo de vello rubio oscuro de su pubis.

— No estoy mal. A lo mejor hay que moverse un poco para que a los viejos se les caiga la baba. No sabía que terminaría haciendo un espectáculo erótico. Sin duda, todo lo que hace Adaniev es una farsa, pero ¿y la extraña muerte de Herbert?

Se calzó aquellos bombachos de seda con unas braguitas de oro que cubrían justo su sexo y la unión de sus redondeadas nalgas.

Tomó el sujetador, demasiado justo para ocultar sus pechos. Notó que la prenda estaba algo húmeda, la olió y le pareció perfumada, lo que la tranquilizó.

Ocultó sus pezones dentro del sostén y casi de inmediato, sintió en las aréolas como una frialdad y una picazón que, lejos de molestarla, le agradó.

Pronto notó que la temperatura de sus senos, de sus mejillas y el resto de zonas erógenas de su cuerpo, aumentaba.

— ¿Habré bebido demasiado whisky? Si sólo me ha servido un poco.

Se preguntaba y se respondía a sí misma.

Le pareció que con aquella indumentaria estaba muy excitante y sintió despertar sus propios apetitos sexuales.

A su mente acudió la imagen del atractivo Steve Warren, el reportero que irrumpiera en su apartamento interesándose por lo ocurrido en la muerte de

Herbert Perkins.

Escuchó unos golpecitos eh la puerta y preguntó:

— ¿Quién es?

— ¿Estás lista?

Era la voz de Adaniev, la reconoció de inmediato.

— Sí, ahora salgo.

Adaniev abrió la puerta y en vez de esperar a que ella saliera, entró él eh la estancia. Cerró tras de sí, la miró y sonrió complacido.

— Magnífico, estaba seguro de que tu belleza sería impresionante.

— No pretenderá hacerme bailar, ¿verdad?

— No te preocupes de nada, Ava, todo irá bien. A ver, a ver tus ojos...

— ¿Qué les pasa a mis ojos?

— Son espléndidos, pero hace falta un poco de maquillaje a tu rostro.

— ¿Maquillaje? ¿Mi predecesora se maquillaba?

— Sí, y lo hacía muy bien. Deja, deja que yo te maquille.

— Ya sé maquillarme yo.

— Naturalmente que sí, pero un maquillaje normal. Ahora, déjame a mí.

Abrió una caja y aparecieron pinceles y pinturas cosméticas. Adaniev tomó un pincel y alzó el mentón femenino para mejor ver el rostro.

— Estáte quieta y mira a mis ojos para que yo pueda maquillarte adecuadamente.

Ava se dispuso a revestirse de paciencia y le miró a los ojos, unos ojos profundos, insondables, que hubo momentos que le infundieron miedo. Le parecieron las pupilas de una bestia.

Sólo veía los ojos de Adaniev, unos ojos que había momentos que dejaban de ser humanos.

Poco a poco, mientras él le maquillaba los párpados, alargando sus ojos de forma artificial, Ava fue perdiendo la noción de cuanto la rodeaba.

Era como si se hiciera pequeña, muy pequeña frente a unos ojos bestiales, grandes y feroces que todo 3o invadían. Tuvo unos rabiosos deseos de huir, de escapar, de correr sin saber en qué dirección.

De nuevo caía en las garras mentales de Adaniev, pero ¿cómo librarse de aquellos ojos de fiera que semejaban devorarla como si poseyeran mandíbulas que le estuvieran dando dentelladas en el rostro, en el pecho, en el vientre?

— Danza; danza — le ordenó él con voz carnosa, muy lenta, penetrante.

— No, no — protestó Ava, notando que le faltaba el aire, que algo abrasador la recorría por dentro.

El fuego unía sus muslos e inflaba sus senos. Sus pezones se erguían dentro del sugestivo sujetador de seda como si quisieran traspasarlo.

— Danza, danza.

Sus caderas comenzaron a contonearse, su vientre a moverse rítmicamente sin dejar de ondular las caderas, como lo habría hecho la más provocativa danzarina oriental que ofreciera el espectáculo de su sensualidad en algún tugurio de Túnez, El Cairo o Estambul.

Una música árabe entró por sus oídos y en derredor suyo se levantó una densa cortina de humo que semejaba salir de grandes pebeteros.

Se dejó llevar y todo su cuerpo vibró. La danza se hizo más trepidante.

Al son de la música árabe, se fue inclinando hacia atrás mientras su vientre y su pubis se agitaban.

Escuchaba voces, oía que le decían cosas que no entendía, pero sabía que estaban relacionadas con su cuerpo, con su belleza, con su sexo.

Ella seguía danzando agitando las caderas, los senos, toda ella era vibración mientras su piel se perlaba de una pátina de sudor.

Notaba que se doblaba hacia atrás y no temía caerse aunque jamás antes había danzado de forma semejante. Su sentido de la sexualidad fue subiendo grados y tuvo la impresión de que el reportero Steve aparecía ante ella con el torso desnudo.

No veía más que él alargaba sus manos y la cogía por la cintura sin que ella dejara de moverse en una continua provocación sensual mientras que su boca se abría húmeda y llena de calor, pidiendo, pidiendo mientras se acercaba más, uniendo sus cuerpos para dar y dar.

Ava jadeó con fuerza, sin inhibiciones, jadeó como si el placer más grande la inundara por completo. Luego, fue relajándose y tendiéndose hacia atrás; tuvo la impresión de yacer entre almohadones.

Semicerró los párpados y notó que unas manos se deslizaban por su cuerpo.

Volvió a abrir los ojos y vio a los ocho viejos a su alrededor.

Ava respiraba hondo, no tenía fuerzas para gritar, ni siquiera para asustarse. No había rebeldía en su ser.

Tuvo la impresión de que la poseían todos y cada uno de ellos, de que era una especie de furcia de la Kasbah.

Después la tomaron de las manos y, desnuda, la llevaron contra una pared. Allí la encadenaron por las muñecas y tensaron las cadenas. Sus brazos se separaron del cuerpo y quedó con los pies colgando en el aire mientras todo en ella le dolía.

Sus hombros semejaban descoyuntarse y en medio de una bruma de vicio, malignidad y humo producido por hierbas extrañas, uno de aquellos hombres se adelantó can un látigo. Lo hizo restallar en el aire y luego, contra su cuerpo.

— ¡Ag! — gritó, sorprendida y dolorida.

El latigazo había cogido de lleno su seno derecho, abriéndolo.

Aquel malvado que tenía las facciones desencajadas y caminaba medio encorvado, como incapaz de permanecer recto, la azotó de nuevo. La marca quedó en su vientre desnudo.

Aquellos sádicos reían y gritaban palabras soeces de la peor catadura mientras se pasaban el látigo de uno a otro.

En el cuerpo de Ava se iban abriendo heridas y más heridas. La piel saltaba a tiras y hasta el rostro se le había ensangrentado. La sangre se

deslizaba por sus piernas hasta los pies y de éstos caía al suelo empedrado de aquella especie de cámara de torturas.

Su cuerpo dejó de agitarse bajo el dolor de cada latigazo. Ava tenía la impresión de que se le escapaba la vida mientras continuaban flagelándola implacablemente. Semejaban dispuestos a seguir con la tortura hasta la muerte de la víctima,

— Steve, Steve, ayúdame, ayúdame — musitó, apenas sin voz.

CAPITULO VI

Se sentía aérea, como carente de peso. Sus movimientos eran de total libertad en medio de una niebla que se abría a colgajos.

No sabía qué hacía ni dónde se hallaba. Entonces, descubrió a unos hombres vestidos con sayal pardo y cadenas ciñendo sus cinturas, con látigos o vergajos colgando de estas cadenas.

Entre cuatro de ellos portaban el cuerpo sangrante y casi desollado de una mujer. Ava quiso ver el rostro de la mujer mientras a la vez temía verlo, era como si tuviera pánico de verse a sí misma muerta a latigazos. El cadáver goteaba sangre y fue depositado dentro de un ataúd sin tapa.

— ¡Prosélitos del mal, amantes del vicio, rebeldes a la virtud, izad á la mujer sacrificada y seguidme!

Cuatro de aquellos hombres levantaron el ataúd. De los cuatro restantes, se colocaron dos delante y otros dos detrás, como para hacer el relevo.

Encabezaba la comitiva un hombre con sayo negro cuya capucha le cubría parte del rostro, pero Ava sabía que aquel ser era León Adaniev y los demás le obedecían, ocho viejos vacilantes, de caminar tortuoso y esperpéntico.

El ataúd semejaba que iba a caer, a rodar por la tierra con su macabro contenido.

La comitiva siguió su avance por un camino que se abría paso por un prado cargado de hierba. No muy lejos, Ava descubrió a dos perros, dos grandes daneses que observaban a distancia, sin ladrar. Se había hecho un gran silencio, era como si el sonido no existiera.

Ava les siguió como si fuera un espíritu, no parecía verla nadie mientras se deslizaba sobre la hierba, al margen del sendero.

El tétrico cortejo se dirigió a lo alto de una suave colina donde había un árbol desfoliado y sarmentoso, un árbol que producía desasosiego.

Cuando arribaron al pie del árbol, depositaron el ataúd sobre el suelo y dos de aquellos viejos comenzaron a cavar con palas que allí mismo encontraron. Palada a palada, la tierra fue saltando por el aire hacia los lados. Los que habían iniciado el trabajo fueron relevados por sus compañeros y así sucesivamente.

Ahondaron en la tierra hasta que les pareció suficiente y luego, ayudados con cuerdas, depositaron el ataúd sin tapa y con el cadáver de la mujer torturada en el fondo de la fosa. La tierra que había sido extraída quedó dispuesta para cubrir el cuerpo.

— Maldita, maldita seas. Que Satanás te acoja en el seno del averno. — clamó Adaniev.

Después, bajó el tono y fue desgranando letanías que Ava no comprendía.

Sintió frío, mucho frío, como si toda la tierra húmeda y fría cayera sobre ella, envolviéndola. Súbitamente, una luz intensa, como un sol apareciendo por el horizonte, se fue aproximando hasta deslumbrarla, obligándola a

parpadear con fuerza.

— ¡Ag! — exclamó, dolorida. El dolor pasó de sus ojos a la nuca, atravesando su cerebro como si fueran clavos largos y punzantes.

— Despierte, sólo es una pesadilla.

Ava sacudió la cabeza. Junto a la cama vio a Mrs. Clare que llevaba un quinqué de queroseno en la mano. Aquella mujer se le antojó tétrica, desagradable.

— ¿Qué, qué sucede?

— Se ha cortado el fluido eléctrico, no es nada.

— ¿El fluido eléctrico?

Ava se incorporó un tanto en la cama y notó que estaba mojada en un sudor frío.

— ¿Me ha despertado para decirme que se ha ido la luz?

— Míster Adaniev se ha marchado, tenía prisa. Me ha dicho que usted puede irse también, que ya la llamará.

— ¿Marchar, cuándo?

— Ahora mismo.

— ¿Ahora mismo? — Mentalmente., Ava se preguntó: « ¿Por qué?», mas el interrogante no llegó a salir de sus labios—. Está bien.

— Le dejo la lámpara.

— Sí, déjela sobre la mesita.

El ama de llaves abandonó la alcoba sin dar más explicaciones. Ava quedó sola, iluminándose con la lámpara de queroseno.

Se quitó de encima las ropas de la cama, las sábanas, las mantas. Hacía calor, sin embargo, su sudor era frío. Recordó cosas, la flagelación, la sangre, y se quitó la camisa. Se miró el cuerpo y no halló rastro alguno de tortura.

— Qué pesadilla más horrible he sufrido suspiró.

Buscó una toalla en su maleta y se secó el cuerpo.

Se vistió, cerró la maleta y con ella en una mano y la lámpara en la otra, abandonó la habitación.

Descendió por la escalera hasta el primer piso y luego, bajó por la gran escalinata que se erguía desde el salón. No se oía nada, sólo sus pasos, el roce de su vestido.

Avanzó hacia la puerta principal sintiéndose como encogida. Aquella mansión se le caía encima con sus toneladas y toneladas de piedra. Cuando salió al exterior, dejó de sentir el agobio de los muros sobre su cuerpo, sobre su espíritu.

En la puerta, un hombre uniformado y que llevaba una linterna le entregó las llaves de su pequeño utilitario que estaba al pie de la escalinata del atrio.

Sin decir nada, Ava tomó las llaves. Abrió su coche, arrojó la maleta al interior y se acomodó en el asiento frente al volante. Puso el vehículo en marcha haciendo que los faros iluminaran delante de ella y descendió por la alameda.

Al llegar a la verja de hierro, la encontró cerrada. Un ladrido bronco la

asustó; al otro lado del cristal de la portezuela estaba uno de los dos grandes perros mostrándole sus fauces armadas con poderosos colmillos.

Otro ladrido le hizo volver el rostro hacia la portezuela contraria y allí estaba la cabeza del segundo perro. El coche le pareció pequeñísimo entre las cabezas de aquellos dos enormes perros que la miraban hostiles.

Un servidor de la mansión franqueó la verja y Ava pisó el acelerador, alejándose.

El ruido del motor ahogó los broncos ladridos de los dos canes. Deseaba alejarse de aquel lugar cuanto antes, No sabía si lo que había vivido era una pesadilla o una realidad, pero ella seguía viva, conduciendo su pequeño vehículo, y su cuerpo no parecía haber sufrido tortura ni violación alguna

Aspiró el aire con fuerza y sintió deseos de llorar mientras las luces de otros vehículos la deslumbraban al circular en dirección contraria, pasando junto a ella y casi rozando la carrocería de su utilitario.

La muerte seguía acompañándola, dispuesta a envolverla con su manto en cualquier momento.

CAPITULO VII

Lo primero que hizo en su apartamento fue meterse bajo la ducha y el agua caliente limpió su cuerpo de sudor.

Se secó con la toalla y cuando quiso peinar sus cabellos, abrió la maleta y rebuscó en ella.

Descubrió su traje de seda salmón y vio que había unas manchas en la tela. Abrió la luz para ver mejor y le pareció que aquellas manchas eran de sangre. Parpadeó, preocupada y confundida.

Volvió a examinar su cuerpo, mas no tenía herida alguna. Sin embargo, aquellas manchas eran reales, era como si una mano sucia de sangre hubiera cogido la prenda.

Tuvo un fuerte escalofrío y buscó una bata acolchada con que protegerse.

No sabía ni qué hora era. Buscó su reloj y al mirar la hora, se fijó en el dietario automático. Le pareció que había sucedido algo, el reloj marcaba un día más.

Precisaba asirse a algo real. Buscó los teléfonos de Steve y marcó directamente el último número de la lista. Aguardó.

— ¿Sí?

— ¿Steve?

— Ah, eres tú, Ava.

— Steve, Steve, ¿qué día es?

— ¿Qué te ocurre, Ava?

— ¿Qué día es? — insistió la muchacha.

— Espera, espera, a ver... Diecisiete.

— ¿Seguro que no es dieciséis?

— No, no, diecisiete, ha cambiado la fecha en mi reloj hace tres horas. Por cierto, ¿sabes que son las tres de la madrugada?

— Sí, sí, son las tres, pero tengo sed, tengo hambre, tengo miedo, no sé qué me pasa.

— Caima, tranquilízate. ¿Dónde estás?

— En mi apartamento.

— Pero ¿estás bien?

— No lo sé.

— ¿Quieres que vaya a verte?

— Sí — asintió, temblorosa.

— Prepara café cargado, dentro de un rato estoy contigo. Ah, ponte un auricular cerca de los labios que te envío un beso.

Iba a llamarle tonto, pero obedeció y aproximó sus labios al auricular.

Todo el apartamento olía fuertemente a café cuando Steve llamó a la puerta. Ava, nada más verle, sin reparos, se colgó de su cuello.

— Steve, Steve, no podré soportar esta prueba.

— Vamos; vamos.

La besó en los labios suavemente, con más ternura que sensualidad.

— Tomemos café, me parece que ya no vamos a dormir y tenemos unas horas para charlar. Luego, por la mañana, a dormir.

— Al final creerás que estoy loca.

— Imagino que es difícil estar al lado de un brujo como Adaniev, pero sabes que me tienes cerca de ti y yo voy a ser la razón, lo real y tangible.

— Pero ¿qué puedes hacer tú cuando yo estoy bajo el influjo de Adaniev?

— No sé, pero si te sucede algo, obraré en consecuencia. Por el momento es mejor que Adaniev no sepa que estoy muy cerca de ti. Mientras tú estabas en la mansión del coronel Willow, yo vigilaba afuera. He pasado muchas horas allí y al ver salir un automóvil con chófer, me ha parecido reconocer a Adaniev y le he seguido.

— ¿Adonde ha ido?

— Al aeropuerto. Ha tomado un avión para Viena, no está en el país

— Te juro que no entiendo nada, Steve. Me ha dado la impresión de estar en medio de una orgía de viejos sádicos,

— ¿Te han hecho algo?

— Yo he soñado que sí, bueno, no sé si era un sueño, estoy confundida. Me flagelaban, pero no tengo señal alguna en mi cuerpo.

— Habrá sido una pesadilla o una sugestión a la que te han sometido. No sé qué ganará ese Adaniev con torturarte mentalmente.

— ¿Y si no ha sido mentalmente?

— ¿No has dicho que no tienes ninguna señal de esa supuesta flagelación?

— No, no la tengo.

— Unos latigazos dejan huella.

— Es que a mí me mataban a latigazos.

— ¿Lo ves? Una pesadilla o una sugestión.

— Lo último que recuerdo antes de la pesadilla es que Adaniev me maquillaba los ojos.

— ¿El? — preguntó Steve, interesado.

— Sí, quería que me vistiera de una forma especial.

— ¿Muy especial?

— De danzarina árabe o algo parecido.

— ¿Te hizo bailar?

— Creo que sí, aunque no estoy muy segura, no consigo desligar la realidad de lo soñado, estoy confundida. Me sentí como una furcia en medio de ocho viejos sádicos y viciosos que se apoderaban de mí para hacer lo que les venía en gana; sin embargo...

— ¿Qué?

— Al despertar no tenía huella alguna, salvo...

— ¿Salvo qué? Tienes que explicármelo todo.

Ella fue en busca de su vestido y le mostró las huellas de sangre que había en él.

— Fíjate.

Tras observar las manchas, él preguntó:
— ¿Seguro que no son tuyas?
— No, seguro.
— ¿Te imaginas de quién pueden ser?
— No lo sé, yo era la flagelada, y no otra persona.
— Cuéntame despacio todo el sueño.
Ava sintió un repentino calorcillo en sus mejillas.
— ¿Todo?
— Sí.
— Está bien, pero ¿prometes no aprovecharte de lo que te diga?
— A veces soy un oportunista, pero palabra que no me aprovecharé, sólo quiero saber para reflexionar. Hay que aclarar cuándo es una ilusión, sueño o pesadilla, y cuándo realidad, porque la sangre de estas ropas parece real.
— De acuerdo, me tumbaré en el sofá como si fueras mi psiquiatra y te lo explicaré todo. Si algo no queda suficientemente claro, me preguntas.
— Correcto, empieza.
Ava fue narrando con detalle cuanto recordaba, no omitió siquiera que le había visto a él en su danza. Steve no interrumpió la minuciosa explicación de la muchacha.
Al acabar, Steve dijo:
— Reflexionaré sobre todo lo que me has contado, tú has tenido horas para que la realidad se confundiera con la fantasía provocada por una hipnosis. Juraría que hay algo muy desagradable en todo lo que has vivido.
— Todo o por lo menos casi todo era desagradable.
— ¿Casi?
— Bueno, tú no fuiste desagradable, pero tú sí eras una fantasía.
— Eso se puede solucionar.
— No, no, ahora no — le pidió Ava poniendo sus manos por delante para que él no se le acercara más.
— Está bien, ya encontraré un momento más adecuado. Me explicarás todavía con más detalle esos pormenores de la fantasía en la que yo participé. Ahora, hablando más en serio, pregunto: ¿había alguna otra mujer en ese lugar?
— Aparte de Mrs. Clare, que es una mujer horrible, no había ninguna más. Espera, espera... — hizo un esfuerzo por recordar—. Sí, sí, antes de conocer a aquellos viejos carcamales, viciosos y sádicos, oí un grito lejano, un grito que estoy segura era de mujer.
— ¿Un grito, sangre? Hay varias incógnitas que descifrar.
— ¿Crees que algunas de las situaciones que yo creo haber soñado pueden ser realidad?
— Quizá, has pasado muchas horas de las que no recuerdas nada concreto. Tú ibas vestida de bailarina; sin embargo, te has despertado con camisa de dormir. ¿Quién te desnudó, tú misma?
— Es cierto, no había caído en eso.

— Ava, disculpa si te hago una pregunta indiscreta.

— Adelante.

— ¿Eres virgen?

— ¡Steve!

— Lo digo porque no estaría de más que visitaras a un ginecólogo de tu confianza.

— ¿A un ginecólogo?

— Sí, le cuentas que fuiste a una reunión y que tienes la impresión de que te drogaron; que deseas saber si te ha ocurrido algún percance o todo son alucinaciones.

— Bueno, si tú lo crees conveniente... Lo que te aseguro es que si Adaniev vuelve a llamarme no acudiré otra vez con él, ya ha sido demasiado.

De improviso, sonó el timbre del teléfono, unos timbrazos que parecieron a Ava más largos y estridentes de lo usual. Los ojos femeninos se quedaron fijos en el aparato de color azulado.

— Steve, Steve, ¿oyes el teléfono?

CAPITULO VIII

La enfermera la ayudó hasta colocarse tras el biombo donde tenía sus ropas. Ava estaba pálida y en tensión, rehuía la mirada de la enfermera que, por otra parte, trataba de ser amable.

Cuando se hubo vestido, fue a sentarse frente a la mesa escritorio del ginecólogo.

— Bien, bien, Ava, estás muy sana, pero debes venir una vez al año para someterte a un reconocimiento; es mejor prevenir que curar.

— No me hable ahora del cáncer de mama o de útero, doctor.

— Sí, ya sé que nos ponemos un poco pesados con la prevención. Tú has venido a hacer una consulta concreta y puedo tranquilizarte pues nada, absolutamente nada te ha ocurrido y es una suerte, porque en esa ciase de reuniones se cometen auténticas aberraciones. Varias víctimas de reuniones de drogadictos han pasado por esta consulta y luego también han tenido que visitar al psiquiatra; pero tú has tenido suerte. Te recomiendo que no vuelvas a pasar por una situación semejante.

— Sí, sí, doctor.

Mientras bajaba las escaleras, en su cabeza se repetía una frase: «Has tenido suerte, has tenido suerte, has tenido suerte...»

— Si no me ha ocurrido nada, ¿cómo pude imaginar todo aquello? ¿Y la sangre, las horas que pasé como dormida?

Llena de confusión pero en el fondo más tranquila, salió a la calle y subió a su pequeño vehículo. En el portaequipajes llevaba su maleta. Dio al contacto y abandonó el área de estacionamiento.

— Si no me ha sucedido nada, ¿por qué he de tener miedo?

Pisó con más fuerza el acelerador y el automóvil aumentó de velocidad. Salió de Londres por la autopista de Edimburgo.

Mientras rodaba, el inicio de la noche y las nubes bajas le invitaron a encender las luces amarillas. Era un alivio que no lloviera, no le gustaba conducir de noche y lloviendo.

A mitad de camino entre Londres y los límites de Escocia, se salió de la autopista.

Circuló unas treinta millas por una carretera de segundo orden y fue a introducirse en una pequeña población donde las casas aparecían oscuras, demasiado oscuras. Sus moradores ya debían estar durmiendo.

A las afueras había un hotel, era el que le habían indicado a Ava, que siguió adelante hasta encontrar el rótulo escasamente iluminado.

— Moon Hotel — musitó entre dientes.

Se dirigió a la entrada y bajo unos porches descubrió otros automóviles.

Sin sacar la maleta del portaequipaje, abandonó el coche y entró en el hotel. No había nadie en conserjería.

Ava, sin vacilaciones, golpeó el timbre llamador y aguardó.

Una mujer que le llevaba toda la cabeza de altura y le doblaría el peso, se acercó a la conserjería ajustándose una bata floreada. Miró a Ava y le dedicó un gruñidito que no quería decir ni bien ni mal, sólo que la habían arrancado de su sueño.

— ¿Busca una habitación?

— Sí.

— ¿Casada o soltera?

— Soltera, si quiere que rellene la ficha.

— ¿Está fuera el amante?

— ¿Cómo dice?

— Disculpe, es que...—suspiró—. Usted no será miss Ava, ¿verdad?

— Pues, sí.

— Ah, eso es otra cosa, tengo su habitación lista.

— ¿Quién la encargó?

— Míster Adaniev. Es un buen cliente de este hotel, un hombre muy elegante, con mucho empaque, un verdadero gentleman, aunque no sea británico. ¿Es su protector?

— No, trabajo para él.

— Bien, a eso se le llama complet secretary,

A Ava no le gustó aquella observación de «secretaria para todo».

La habitación que le asignaron tenía baño independiente y la calefacción funcionaba bien.

Tenía hambre, pero era consciente de que no encontraría comida hasta el desayuno.

Se desnudó, se duchó y luego se acostó. Había desestimado ver qué clase de paisaje le ofrecía la ventana de su habitación, ya que la noche era oscura y la luz escaseaba por los alrededores del hotel.

Era su costumbre leer algo antes de dormir, pero no se había llevado ningún libro ni se había acordado de comprar ninguna revista. Deseó que llegara pronto el día para desayunar, y la forma de hacer la noche más corta era durmiendo.

Había conducido su coche con tensión, lo que le había provocado fatiga en la nuca y la espalda. Dormirse no le costaría mucho, máxime después de ducharse con agua caliente.

Se hundió en un suave sopor que se hizo más y más profundo.

Bruscamente sintió que se separaba de su cuerpo. Como temiendo correr un peligro, abrió los ojos. La luz estaba apagada y no vio nada, sólo notó que no estaba en la cama.

Anduvo con las manos por delante para no tropezar, pues se sentía desorientada. Buscaba el interruptor de la luz cuando vio una lámpara encendida y se dio cuenta de que se hallaba en un corredor.

Extrañada, giró la cabeza y comprobó que había varias puertas, todas ellas cerradas.

— ¿Cómo he salido, si no he abierto ni cerrado ninguna puerta?

Descendió las escaleras y se halló en el vestíbulo del hotel. Ignoraba por qué había bajado.

Miró hacia la calle y le pareció ver varias figuras humanas aguardando. Vestían túnicas de color blanco o hueso que serían de lana.

Ava fue a su encuentro y notó que no le hacía falta abrir puertas, que simplemente las traspasaba como si fueran de luz. Así, se encontró en la calle.

— ¡Oigan! —llamó.

Las figuras echaron a andar, alejándose.

Ava las siguió por un camino que cruzaba una pequeña arboleda. Luego, había matorrales y rocas.

Cada vez que Ava trataba de alcanzar a aquellas personas, éstas se alejaban con mayor rapidez. De pronto, descendieron por entre unas rumas que había ante ellos, unas ruinas de lo que parecía ser un viejo castillo o monasterio.

Ava avanzaba en la noche sin darse cuenta de que no sentía frío alguno pese a ir simplemente cubierta con el camisón.

Al fin, se encontró en la puerta de una cripta. Penetró en ella y observó que estaba iluminada por antorchas que llameaban dentro de hachones de hierro sujetos a la pared.

Allí había sepulcros de piedra y las personas vestidas con las túnicas de lana que ya no era tan blanca como le pareciera antes, sino parda.

Vio que se ceñían las cinturas con cadenas y recordó aquellos cinturones de cadena, los había visto en otra parte. Notó que los pálpitos de su corazón se hacían más fuertes y sonoros, como si éste quisiera salir del pecho.

— Te estábamos esperando — dijo una voz tras ella.

Al volverse, descubrió un rostro esquelético y horrible, un rostro de persona muerta, con los ojos vacíos y los pómulos desnudos de piel.

Ante la visión de aquella cara salida de más allá de la muerte, sintió que el corazón le dolía de horror. Intentó gritar y ningún sonido escapó de su garganta.

— Ava, acércate.

La voz era de Adaniev, la reconoció de inmediato. Lo descubrió al fondo de la cripta, detrás de una gran piedra de granito rectangular que semejaba dispuesta para sostener un ataúd.

— ¿Qué es esto?

— Acércate, te estábamos esperando — repitió.

Ava quiso dar la vuelta y salir corriendo, pero carecía de fuerzas para escapar al poder de Adaniev, que la llamaba, y avanzó hacia él.

Cuando entre ambos quedó la piedra, todos los presentes se habían puesto en pie y formaban una especie de herradura en torno a la joven que miró a su alrededor con miedo, un miedo justificado porque todos los rostros eran horripilantes.

— Prosélitos del mal, ésta es una gran noche para todos nosotros. La belleza ha venido a visitarnos.

— Yo, yo no estoy aquí, estoy durmiendo. Esto es una pesadilla, una

pesadilla...

Aquellos seres cadavéricos' comenzaron a reír. La influencia, el poder de sugestión que Adaniev ejercía sobre Ava era tal que no podía escapar a aquella encerrona en la que por sí misma se había metido siguiendo a las figuras humanas que viera en la puerta del hotel.

Las risas de los presentes la estremecían de tal forma que notaba que su vientre, su estómago, su diafragma, sufrían espasmódicas contracciones.

Las figuras espectrales casi se retorcían en torno suyo mientras las paredes húmedas desasosegaban como los muros siniestros de una mazmorra profunda a la que se la hubiera condenado.

— Sube al altar — le ordenó Adaniev.

La piedra de granito era el altar al que se refería ' Adaniev. Subió y se vio rodeada por aquellos rostros ansiosos, unos rostros cuyos ojos no veía.

El horror la atenazaba, era como si se hubiera adentrado en el mundo de los muertos, un mundo que se movía al compás de las palabras del siniestro Adaniev.

— ¡Queremos ver la belleza, queremos ver la belleza! — gritó uno de los seres que la rodeaban.

— Si queréis ver su belleza, pronto quedaréis satisfechos.

Adaniev se acercó a una de las paredes. Tomó una antorcha y ante el espanto de Ava, prendió el camisón de la joven.

Sintió un fuerte ahogo, mas no notó que se quemara. Las llamas se consumieron y la tela de la camisa de dormir, también. Se sintió desnuda y las manos de aquellos seres salidos de las tumbas se acercaron a sus piernas, querían tocarla. Ava trataba de evitarlo moviéndose, agitándose, ahogándose.

— ¡Miradla, miradla bien, porque vuestra obra será destruirla! —exclamó Adaniev con voz potente y profunda.

— ¡Dejadme, dejadme salir de aquí!—suplicó Ava.

— ¡Arrodíllate, símbolo del sexo y la belleza!

Poco a poco, cayéndole los cabellos por los costados, se fue arrodillando.

— ¿Por qué, por qué todo esto? —gimió, suplicante.

— ¡Maldícenos, maldícenos a todos antes de que tu belleza sea devorada!

— ¡Sí, sí, os maldigo a todos, hijos del mal!

— Ahora tiéndete sobre el altar, tú eres el sacrificio.

Ava se colocó sobre la larga superficie de piedra como si fuera la mesa de un quirófano. Los rostros de los allí reunidos la cercaban, era materialmente imposible escapar de allí.

El terror era como unos grilletes de acero helado que la atenazaban.

— Es hora de que gocéis del banquete, podéis devorar la belleza.

Hubo como un sentimiento' de temor instintivo entre aquellos seres de aspecto maligno, mas uno de ellos, como venciendo una barrera, se inclinó sobre el cuerpo femenino y la mordió con fuerza animal. Ava sintió que le arrancaban un trozo de carne.

— ¡Ag!

Su grito semejó excitar a los demás.

Otro le mordió una pierna y Ava volvió a gritar. Un pedazo de carne, de su carne, quedó en la boca de aquel ser de ultratumba. Después, todo fue rápido, como si acabara de caer entre las fauces de una jauría de perros.

Mordían y mordían, cada uno se llevaba un pedazo de carne. La sacudían con violencia, la sangre resbalaba por los lados de la piedra y el dolor era tan grande que dejó de sentirlo.

Venas, tendones, piel, músculos, hasta que aquellas bestias espectrales llegaron a las vísceras y Como carniceros la fueron vaciando mientras Ava cerraba los ojos.

No quería ver más, su vida escapaba en cada uno de aquellos bocados, moría devorada por seres monstruosos salidos del infierno y dirigidos por Adaniev.

— Steve, Steve, me devoran... — musitó, apenas sin mover los labios.

CAPITULO IX

El timbre se introdujo en su cerebro como un taladro neumático.

Sacudió la cabeza y el timbre continuó insistiendo. Estiró la mano, tanteó” con ella y cogió el auricular.

— ¿Sí?

— ¿Miss Ava?

— Yo misma.

La voz era de mujer, una mujer que tenía las cuerdas vocales estropajosas.

— Ha limado míster Adaniev diciendo que no es necesario que se quede aquí, que puede regresar a Londres. El no puede venir.

— ¿Cómo, cómo dice? — insistió Ava aún aturdida, como descentrada.

— Que míster Adaniev no puede venir al Moon Hotel y usted puede regresar a Londres. ¿Ha comprendido ahora?

— Sí, sí.

— Dentro de una hora puede tomar el desayuno.

— Gracias. — Y colgó.

Se había quedado a oscuras en la habitación. Buscó algo con sus pupilas, no veía nada. Al fin, descubrió una finísima raya luminosa. Se levantó y con las manos por delante, llegó hasta la raya. Tanteó y comprobó que era una ventana. La abrió y descubrió que el día, un día triste, estaba al otro lado de los cristales.

Observó que había nevado ligeramente y, de súbito, como si la visión de la nieve fuera un despertador, sintió frío en su cuerpo. Se dio cuenta de su desnudez. Regresó a la cama y buscó su camisa de dormir. No la encontró y optó por vestirse después de lavarse con agua caliente.

Estando frente al espejo, recordó que había sido devorada por aquellos espectros de ultratumba. Se miró las manos y las vio perfectamente, cuando recordaba que le habría arrancado los dedos a dentelladas. Ni una señal en su cuerpo, ni una sola herida, nada.

— Otra pesadilla... Ese hombre me volverá loca.

Vestida ya, cerró su maleta. Abandonó la habitación, llevó la maleta al coche y comprobó que los automóviles que viera la noche anterior no estaban, todos habían desaparecido. Ava observó que no había huellas de rodadas sobre la nieve.

Miró al cielo y le pareció que podía volver a nevar en cualquier instante. Los automóviles que habían marchado debían haberlo hecho antes de que nevara.

Dejó la maleta en su pequeño vehículo y regresó al hotel para desayunar.

La mujer que le atendiera la noche anterior parecía ser la dueña, conserje y cocinera. Ella misma le preparó la mesa, la leche, las tostadas y el resto del desayuno. Seguía enfundada en su bata de lana floreada.

— ¿Cuándo se han marchado?

— ¿Quién? — preguntó, con voz desagradable.
— Los demás clientes del hotel.
Aquella mujer corpulenta, de rostro aplastado y en cuya boca un diente destacaba excesivamente blanco del resto, la miró con sorpresa y luego se rió.
— Si aquí no hay más clientes que usted, miss Ava.
La muchacha parpadeó, incrédula.
— Ayer noche había varios automóviles estacionados.
— Se confundiría al llegar.
—Yo los vi.
— Debió confundirse con un bar-restaurante que está antes de llegar a mi hotel, es la temporada mala. Ya ve, no tengo ni personal. En primavera comenzarán a llegar clientes, ahora sólo viene gente esporádica. Algún viajante despistado, no, porque ellos se van al Harry Hotel, allí les hacen un precio especial. Yo prefiero tener los empleados para trabajar y apenas ganar.
— ¿Seguro que no ha venido nadie esta noche? — insistió.
— Sí, seguro, claro que sí.
Ava desayunó. Tenía hambre, deseaba comer, pero no se alimentaba con alegría sino preocupada. Había cosas que no encajaban. Su camisón había desaparecido y estaba convencida de habérselo puesto para dormir.
— ¿Cuánto le debo?
— Nada, nada, la factura ya la abonará míster Adaniev.
— Es que quiero pagaría yo.
— Oh, no, imposible, míster Adaniev jamás me lo perdonaría.
— Está bien.
Ava abandonó el hotel, no deseaba quedarse allí ni un minuto más.
Mientras las ruedas de su utilitario quedaban bien marcadas en la nieve que apenas tenía dos dedos de espesor, descubrió un camino al otro lado de la carretera que le llamó la atención, era como si lo conociera de otras veces.
—Se alejó con el coche hasta que dejó de ver el hotel. Se salió de la carretera y abrigándose bien, deshizo el camino recorrido procurando no ser vista.
Sus pasos crujían al aplastar la nieve en la carretera, apenas había cuajado y cuando pasaran algunos camiones, desaparecería por completo. Ava llegó a la entrada del camino y se filtró por él, cruzando una arboleda.
Recordó aquel camino, lo había recorrido en su supuesta pesadilla y en cada ocasión que reconocía una roca, un árbol, su cuerpo se ponía más y más en tensión.
El ruido de sus propios pasos, la nieve que se desprendía de las hojas de los árboles, eran suficientes para asustarla; sin embargo, siguió adelante.
Se detuvo al descubrir unas ruinas pétreas. Ya no le cabía duda alguna, había visto aquel lugar en sus sueños.
— ¿Habré hecho un viaje astral realmente?
Recordó también haber visto una comitiva de hombres portando un ataúd en la mansión del coronel Willow. Era como si estuviera en un viaje astral,

por lo que ella había leído al respecto, y ahora volvía a sucederle algo similar, sólo que estaba comprobando que reconocía un paraje donde sabía positivamente que no había estado jamás.

No podía resistirse a seguir adelante, quería saber. Estaba segura de que todo había sido un sueño, pero ¿por qué reconocía todos aquellos lugares que jamás había visto?

Siguió adentrándose en las ruinas y descendió por unos peldaños muy deteriorados por la erosión del tiempo, hasta que llegó al interior de una cripta débilmente iluminada, pues la luz sólo llegaba por la entrada y por dos angostos ventanucos que había casi a ras de techo.

— Sí, sí, es este sitio, estoy segura.

Olía a brea quemada y allí estaba la piedra rectangular. Ava sintió un escalofrío al contemplar aquello que habían dado en llamar altar.

Miró a su alrededor, como temiendo que en cualquier instante saliera algún ser horrible que la atacara.

— No, no es posible, yo moría devorada por los muertos.

Tuvo valor para acercarse a la piedra y vio que estaba sucia. Aproximó sus dedos y se los manchó de rojo.

— Sangre.

— ¿Sangre?

Ante aquella voz que sonó a su espalda, lanzó un grito de terror al tiempo que se estremecía de pies a cabeza.

CAPITULO X

— No temas, soy Steve.

El hombre se hallaba a contraluz, por ello le había costado reconocerle.

— Steve...

Se tambaleó y tuvo que apoyarse en la gran piedra de granito para no caer. Steve fue hacia ella y la estrechó entre sus brazos, como si deseara transmitir parte de su energía al tembloroso cuerpo de la mujer.

— Vamos, vamos, no te sucede nada, yo estoy contigo.

— Steve, Steve, qué miedo he pasado.

— ¿Me has confundido con un fantasma?

— Sí.

— Pues, ya ves, soy yo y nada te ocurre.

— Mira, Steve, es sangre.

— Por donde quiera que pasas, hay sangre — objetó, preocupado.

— Me da miedo. ¿De quién es esa sangre?

— ¿Tú no sospechas nada?

— No, sólo tengo pesadillas.

— ¿En tu pesadilla estuviste aquí?

— Sí, por eso he venido, recordaba el camino. Por cierto, ¿cómo has llegado tú?

— He llegado a buscarte al hotel. He visto tu cochecito, me he acercado a ver si estabas dentro y he descubierto tus huellas en la nieve. Las he seguido hasta llegar aquí.

— ¿Has llegado ahora?

— Sí.

— Si hubieras llegado antes...

— Te seguí por la noche hasta llegar aquí, pero como me dijiste "que tu encuentro con Adaniev era para la noche próxima y no la anterior...

— Eso pensaba yo, pero Adaniev ha telefoneado al hotel diciendo que no puede venir y que me vuelva a Londres.

— Yo no le vi, pero tomé una precaución.

— ¿Cuál?

— Fotografiar los coches estacionados frente al hotel.

— Steve, Steve, es cierto que había automóviles allí, ¿verdad?

— Sí, claro que los había, y los fotografié para tener constancia de sus matrículas. Por lo menos sabremos qué personas acudieron allí.

— La propietaria del hotel me ha dicho que no había nadie.

— Miente.

— Es lo que yo he creído, pero ella habla con tanta seguridad...

— Debe estar conchabada con Adaniev. Este debe de ser uno de los puntos donde reúne a sus prosélitos.

— ¿Y la mansión del coronel Willow?

— Debe de tener varios lugares, también fuera de Gran Bretaña. Aquí debe reunir a gentes de diversas procedencias, lo del coronel pudo ser un servicio a domicilio, algo especial.

— Pero ¿qué es todo esto? No entiendo nada.

— A mí me parece que Adaniev es el sumo sacerdote de una secta satánica clandestina, lo malo es que ese hombre, indudablemente, posee poderes mentales superiores a lo normal.

— Eso lo admites.

— Sí, lo admito, y también me temo que los sacrificios de sangre son auténticos.

—No pueden ser auténticos. Yo estoy perfectamente, me refiero a que no tengo ni la más leve herida. Sin embargo, en esas pesadillas, en esos viajes astrales, yo sufro mucho. Soy violada, quemada, flagelada, devorada en vivo. Siento el dolor y luego...—Volvió a mirar la piedra, estremeciéndose—. Ahí hay sangre.

— Pero dices que no es tuya.

— Es cierto, no es mía.

— ¿Dónde está la víctima, entonces?

— ¿Podría ser sangre de animal? Me refiero a cordero o gallina.

— Habría que analizarla. Empaparé un pañuelo y la llevaré a un amigo que tengo en el laboratorio de hematología de un importante hospital.

— ¿Y si es de persona?

— Tendré que hablar con Adaniev.

— ¿Y qué piensas conseguir? Ese hombre no se asusta, recuerda lo que le ocurrió a Herbert Perkins.

— A mí no creo que me envíe al castillo de Kornoit para que reviente de horror.

— Lo que hizo con Herbert es distinto a lo que hace conmigo.

— La maniobra con Herbert pudo ser una demostración espectacular para impresionar a nuevos adeptos a su secta. Sabía que la noticia trascendería y que admirarían su poder. Cuando surgen hombres como él, consiguen adeptos rápidamente.

— ¿Y qué se proponen los que van con él?

— No lo sé, quizá conseguir sensaciones o situaciones que en su vida normal no pueden alcanzar.

Empapó un pañuelo de celulosa en la sangre v luego lo metió en una bolsita de plástico que guardó' en su cazadora.

— Me da miedo de que el resultado sea sangre humana.

— Salgamos.

Abandonaron la cripta.

Ya afuera, escucharon unos gruñidos. Como a medio centenar de pasos y sobre un promontorio de tierra cubierto por una delgadísima capa de nieve, había tres perros que a su vez se los quedaron mirando.

— Perros...

— Pueden ser peligrosos.

— Parecen cimarrones — opinó Steve—. Será mejor que nos vayamos; aunque este lugar se halle cerca de la carretera, parece muy solitario.

Uno de los perros, el que parecía jefe de los otros dos, les ladró.

Steve tomó una piedra y se la arrojó, sin intención de golpear al animal. Fue suficientemente que la piedra pasara por encima de ellos para que dieran la vuelta y se alejaran corriendo.

Regresaron a la carretera. El auto de Steve Warren estaba justo detrás del de Ava.

— Tú conduce delante de mí y yo te seguiré — le propuso Steve.

— ¿Y adónde vamos?

— Vamos a mi madriguera, revelaremos las fotografías.

— Es que yo no sé dónde vives.

— Cuando entremos en Londres, me colocaré delante y tú me sigues.

— De acuerdo — aceptó la muchacha, más tranquila al estar cerca de Steve.

Ell estudio resultó más desordenado y anárquico de lo que Ava imaginara; no obstante, dentro del desorden, había cierto orden. Posiblemente habría resultado la locura psicodélica para una burguesa que deseara ver su pavimento encerado y cada cornucopia o tapete en su lugar correspondiente.

— Mira, aquel fondo es el plato.

— No es muy grande.

— Tengo buenas cámaras para hacer fotografías aquí, me gustaría hacerte algunas.

— No.

— Palabra que no voy a venderlas, no saldrán de aquí. Si no te fías de mí,’ ¿de quién vas a fiarte?

— Eso es cierto.

— Pues, anda., por ahí encontrarás lo que quieras, eres libre de ponerte como desees, pero recuerda que lo que me gustaría fotografiar es un desnudo. — Sin darle tiempo a replicar, Steve añadió —; Voy a preparar unos sándwiches y luego revelaré las fotografías que tengo en mi máquina, me refiero a los coches.

— ¿Y después?

— Iré al laboratorio de hematología, tú puedes quedarte aquí y dormir. Aquí no te va a encontrar Adaniev, estás a salvo de sus garras mentales.

La guarida no tardó en oler a bacon frito. Cuando Steve se fijó en el plato, vio que allí estaba Ava cubriéndose con una gasa de las que él tenía por el estudio. Como fondo, unas cortinas llenas de color.

— Magnífica, y qué ojos. —Steve dejó la bandeja con los alimentos —. No te muevas.

Encendió luces. Ella puso intensidad en la expresión de su rostro, en su mirada. Steve movió los paneles de reflexión de luz para que los focos no dieran de lleno en la mujer. Preparó la cámara sobre el trípode y pidió:

— Ve moviéndote.
— ¿Cómo?
— Como quieras, pero no pienses que te mueves para una cámara. Trae a tu mente algo que te parezca hermoso y muévete con libertad.
Steve, mientras, preparó otra cámara más móvil.
Ava recordó cuando, no sabía si en sueño, viaje astral o realidad, había actuado como danzarina oriental y Steve se hallaba ante ella. Se dejó llevar. Fue como si escuchara la música y sus caderas ondularon como si Steve estuviera delante, el Steve del sueño, y no detrás de una cámara de fotografiar que hacía clic, clic.
— Magnífico, magnífico, increíble, tienes madera de modelo.
— Basta, basta — pidió Ava que sentía como una oleada de calor que la invadía. Se había excitado sensualmente y temió sus reacciones, que podían ser imprevisibles tal como estaba la situación.
— ¿Sabes una cosa, Ava?
— Dímela,
— Estoy haciendo unos esfuerzos terribles.
— ¿Para qué?
— Para mantenerme a distancia de ti tal como te he prometido.
En la garganta de la mujer quedó agarrada una frase: «Pues acércate». Mas no la dejó escapar, quería controlarse. Quizá más adelante... Se había prometido a sí misma no ser juguete de nadie y temía a Steve.
Sí, le temía, porque sabía que si se deslizaba entre sus manos, por debajo de su cuerpo, si se agarraba a él con sus piernas, con sus rodillas, con los pies, ya no podría escapar, y si eso llegaba a ocurrir, tenía que ser cuando estuviera totalmente segura de que Steve no iba a defraudarla, que para él no sería un simple juguete de sexo que dura unos días, unas semanas, unos meses como máximo.
— Estoy cansada, Steve.
— Sí, sí, cansada. Espera, te haré una última foto de los ojos.
— Vas a tener una colección de fotos de mis ojos.
— Son muy hermosos.
Centró el objetivo, movió las ruedas dentadas y le fotografió los bellísimos ojos de un azul muy claro.
— Ya está — dijo.
Ava se vistió y Steve dijo:
— Mientras como, iré revelando las fotografías en el cuarto oscuro. Tú puedes ir comiendo aquí afuera.
Ava, ya vestida y comida, examinó el estudio del reportero. No era un lugar muy confortable pero sí estaba repleto de vivencias.
Las fotografías clavadas en las paredes mostraban los lugares donde Steve había estado en su patear por el mundo, donde había corrido riesgos y aventuras. Steve no debía conocer el miedo que ella había experimentado en determinados momentos. El había estado en la selva, en ciudades destrozadas

por los terremotos, en barcos a medio naufragar en los que se había descolgado desde un helicóptero...

Había estado en medio de las batallas y entrevistando a hampones del crimen organizado internacional, hombres que movían el dinero por toneladas y se ocultaban tras nombres de empresas importantes que se burlaban de las leyes, porque muchas de las leyes ayudaban a hacerlas ellos mismos, dejando los huecos suficientes para poder escapar cuando quisieran.

— Ava, Ava.

— ¿Sí?

— Cierra las luces y entra en el revelador.

La muchacha obedeció. Cuando quedó a oscuras, fue tanteando hasta la puerta del revelador, la abrió y quedó inmersa en la luz roja.

— Mira los coches.

— Es cierto — admitió ella—. Y las matrículas se ven claramente.

— Veré si se pueden identificar, lo que en ocasiones no es nada fácil, porque los automóviles no siempre están a nombre de quien los conduce.

Agitó una de las fotografías dentro de la cubeta y fue apareciendo la imagen de una mujer.

— Esa soy yo.

— Sí, bellísima.

— Me da vergüenza como estoy, parezco una modelo de revista porno.

— Ni 1o pienses. Todo lo desnudo, todo lo erótico no es porno. Tu belleza es nada más y nada menos que eso, belleza erótica. Voy a empapelar toda la cabecera de mi cama.

— Si alguna de estas fotos aparece en una revista, te saco los ojos.

El la miró y acercando sus labios a los ojos de ella, los besó mientras Ava los cerraba.

— Y yo besaré los tuyos porque ellos me guiarán. Ya sabes, si me sacas los ojos tendrás que convertirte en mi lazarilla.

Ava comprendió que no servía de nada mostrarse recelosa con respecto a Steve. Si hubiera querido abusar de ella, lo habría podido hacer, y sin resistencia por su parte.

— Steve, me mareas.

El aproximó sus labios a los femeninos. Cuando ya los rozaba, porque había iniciado la caricia con mucha suavidad, sonó el timbre del estudio; arabos quedaron en tensión.

— Espera, será algún editor que quiere algún reportaje que haga vender muchas revistas.

Salió del revelador sin preocupación, ya que el resto del estudio estaba a oscuras. Sabía bien dónde estaba el teléfono y descolgó.

— ¿Diga?

— Dígale a Ava que se ponga.

— ¿Quién es usted?

— Ella ya sabe quién soy yo.

Steve vaciló, dejó el teléfono y se acercó a Ava diciéndole al oído:

— Creo que es Adaniev, no sé cómo ha podido localizarte.

— ¿Qué quiere?

— No lo sé.

Todo el calor sensual que unos segundos antes la invadiera, se esfumó y notó frío en la espalda.

Tenía miedo de acercarse al teléfono y escuchar la voz de Adaniev. En cada ocasión que lo había hecho, había terminado en problemas.

— ¿Diga?

— ¿Ava?

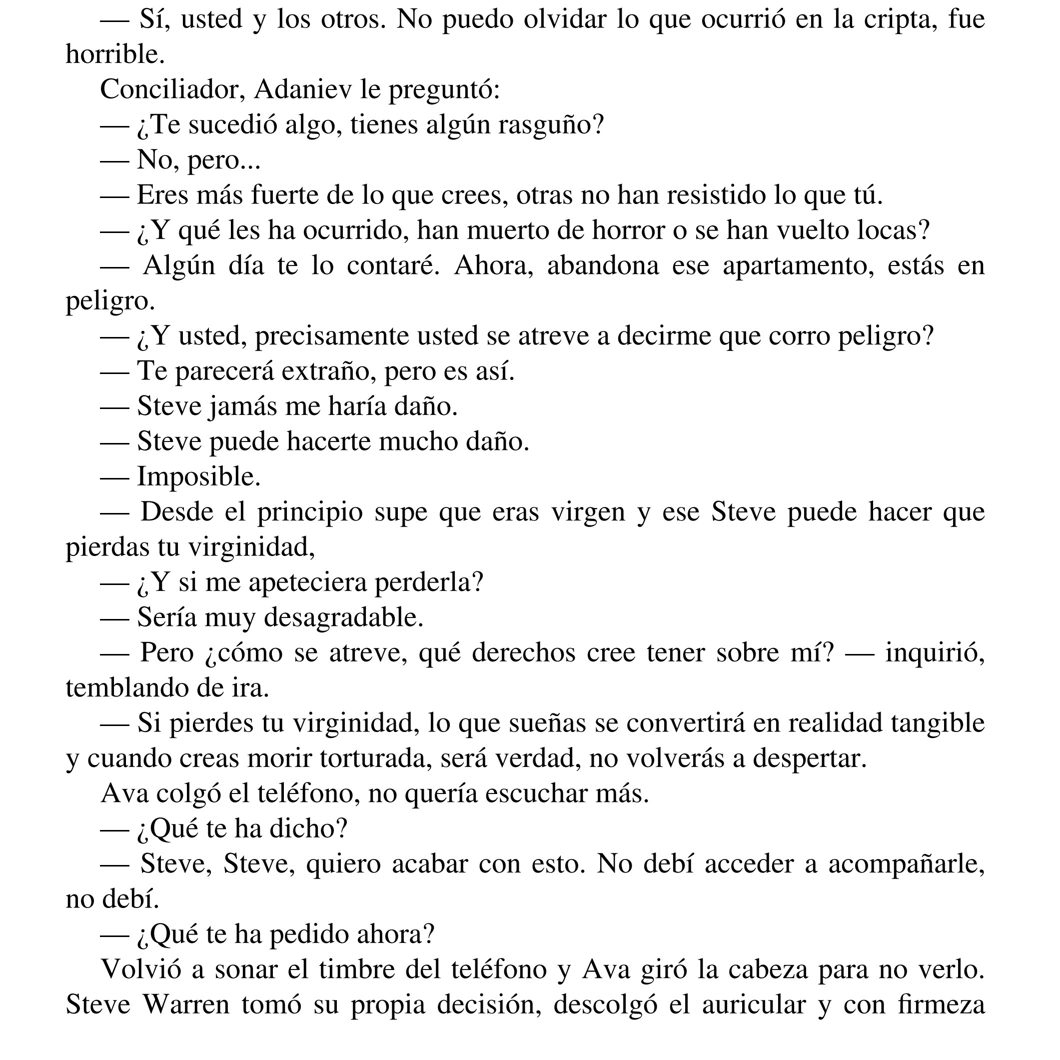
— Sí, ¿qué quiere?

— Ava, no he podido ir al Moon Hotel.

— Miente, estuvo allí.

Se escuchó una risa breve al otro lado del hilo.

— ¿Estás segura de que estuve en el Moon Hotel?



— Sí, usted y los otros. No puedo olvidar lo que ocurrió en la cripta, fue horrible.

Conciliador, Adaniev le preguntó:

— ¿Te sucedió algo, tienes algún rasguño?

— No, pero...

— Eres más fuerte de lo que crees, otras no han resistido lo que tú.

— ¿Y qué les ha ocurrido, han muerto de horror o se han vuelto locas?

— Algún día te lo contaré. Ahora, abandona ese apartamento, estás en peligro.

— ¿Y usted, precisamente usted se atreve a decirme que corro peligro?

— Te parecerá extraño, pero es así.

— Steve jamás me haría daño.

— Steve puede hacerte mucho daño.

— Imposible.

— Desde el principio supe que eras virgen y ese Steve puede hacer que pierdas tu virginidad,

— ¿Y si me apeteciera perderla?

— Sería muy desagradable.

— Pero ¿cómo se atreve, qué derechos cree tener sobre mí? — inquirió, temblando de ira.

— Si pierdes tu virginidad, lo que sueñas se convertirá en realidad tangible y cuando creas morir torturada, será verdad, no volverás a despertar.

Ava colgó el teléfono, no quería escuchar más.

— ¿Qué te ha dicho?

— Steve, Steve, quiero acabar con esto. No debí acceder a acompañarle, no debí.

— ¿Qué te ha pedido ahora?

Volvió a sonar el timbre del teléfono y Ava giró la cabeza para no verlo. Steve Warren tomó su propia decisión, descolgó el auricular y con firmeza

silabeó:

— Deje en paz a Ava, que no tenga que repetírselo.

Y colgó.

Ava comenzó a sollozar, agitándose convulsivamente. Steve la tomó en sus brazos y la llevó hasta la cama donde la depositó con cuidado. Se sentó a su lado y acariciándole el rostro con suavidad, dijo:

— No tienes por qué obedecerle más, envíalo al infierno.

— Es que creo que él sale del infierno.

— Bah, no seas niña.

— ¿Cómo ha sabido que yo estaba aquí?

— Lo mismo que yo te seguí a ti, él mismo o alguien de su secta ha podido seguirnos hasta aquí. Ese hombre se mueve mucho, viaja constantemente. Hemos tratado de descubrir sus secretos, pero la situación se ha puesto ya demasiado molesta para ti.

— No puedo huir de él, no puedo, me encontrará donde quiera que vaya y se vengará, me lo ha advertido.

— Habrá alguna forma de hacerle frente.

— ¿Cuál?

— No lo sé todavía, pero la encontraré. Aunque tú no lo creas, estoy siguiendo paso a paso todo lo que sucede respecto a ti y Adaniev. No se le puede acusar de la muerte de Herbert, pero algún medio habrá para hacerle pagar su maldad.

— Con su poder mental me domina, nunca sé cuando vivo la realidad o la pesadilla. Ahora mismo ya no sé si estoy contigo o esto es un sueño provocado por Adaniev,

— Es una realidad.

— Tendré que acudir a la policía y, la verdad, es que no sé qué decirles. Acabaré en un manicomio y eso me horroriza.

— No tengas miedo, no acabarás en ningún manicomio. Tú te vas a quedar aquí, durmiendo; descolgaremos el teléfono y no abrirás la puerta a nadie, sea quien sea.

— ¿Y si viene Adaniev?

— Si llama, te taponas los oídos, no le escuches; o llamas a la comisaría de policía más próxima diciendo que hay un tipo en tu puerta que lleva malas intenciones. Cuando vea al bobby, se largará.

— Steve, Steve, ¿qué es lo que piensas descubrir sobre Adaniev?

— No lo sé aún, estoy acumulando material,

— ¿Qué clase de material?

— Ya te lo contaré al final. En realidad, no tengo nada concreto ahora, nada importante, pero seguiré investigando.

— No podrás vencerle. El no sólo me domina a mí sino a mucha gente.

— Es posible. En algún momento tendré que enfrentarme a él y lo que ocurrirá entonces no lo sé, pero me tengo por un hombre equilibrado.

— Adaniev es superior, me refiero a sus poderes para sugestionar e

hipnotizar. A veces pienso que él no es como nosotros.

— ¿Qué quieres decir?

— Mirándole a los ojos, en una ocasión me pareció... — Dudó, le temblaban los labios —. Me pareció una bestia, algo no humano.

— Por muy bestial que sea, tendrá algún punto débil. He oído hablar de él en el continente, pero en voz baja, nadie le acusa. Goza de la protección de gente importante que no da la cara, pero desde las sombras saben hablar por teléfono para que otros actúen protegiendo a Adaniev.

— A esos hombres que lo protegen jamás podrás acusarlos.

— Creo que en eso tienes razón. No se puede acusar a nadie por recibir en su casa a Adaniev o acudir a una reunión, hay libertad. Lo que es preciso averiguar es qué ocurre realmente en esas reuniones, qué hay de verdad y de mentira.

— Yo, que he participado en ellas, no sé lo que es real y lo que es fantasía.

Steve suspiró.

— No he podido sorprender ninguna de esas reuniones.

— Yo no quiero volver a participar en ninguna de ellas, me horroriza. Creo que no voy a resistirlo más. En cada ocasión, unos seres abyectos, repugnantes y horribles, me torturan y asesinan. No, no quiero.

— Ni yo te pido que acudas más a ninguna de ellas, por eso te digo que cierres bien la puerta y no salgas de aquí. El teléfono descolgado evitará que te molesten.

— ¿Adonde irás tú?

— Tengo que hacer varias gestiones. Tardaré horas, quizá vuelva mañana. A ti no debe importarte que me retrase.

— Steve, Steve, ¿sabes qué me ha dicho Adaniev?

— Pues no.

— Que si te entrego mi virginidad, me matará.

— ¿Eso te ha dicho ese brujo repugnante?

— Sí, sabe que soy virgen.

— Diablos, pues yo no lo sabía.

— No te burles, Steve.

— De modo que te quiere virgen...

— Sí, y no sé para qué.

— ¿Fuiste al ginecólogo?

— Sí. — Ladeó la cabeza, escapando a la mirada inquisitiva del hombre.

— ¿Te ocurrió algo?

— No, pero no estoy segura de que en una próxima, ocasión pueda suceder.

— Sería muy fácil para mí pedirte que me entregaras esa virginidad.

— Si es tu deseo...

— Sí, es mi deseo, pero ahora no, habrá tiempo para gozar mi deseo hecho realidad.

Se inclinó sobre Ava y la besó suavemente en los labios; era un beso

cargado de ternura que ella agradeció.

Steve no se dejaba arrastrar por el sexo, sabía controlarlo y la amaba. Sabía cómo acercarse a ella, tenía sensibilidad y Ava intuía que también habilidad en el juego del amor para cuando llegase la ocasión que ella esperaba tan ansiosa como él.

Sin embargo, la sombra de Adaniev aleteaba por encima de ellos. ¿Qué pretendía aquella especie de brujo, de sumo sacerdote de una secta satánica?

CAPITULO XI

— Ha sido un análisis rápido, pero no hay duda.

Steve Warren preguntó al hombre que vestía chaquetilla y pantalones blancos:

— ¿Sangre humana?

— Sí, y déjame decirte que si hay algo sucio en esta sangre y tú ya sabes a qué me refiero, tendrás que comunicárselo a la policía o puedes ser acusado como encubridor.

— ¿Encubridor de qué?

El médico analista hematólogo se encogió de hombros.

— Tú sabrás, si me has traído esta muestra de sangre será por algún motivo, en alguna parte la habrás encontrado.

— No estaba seguro de si era de cabra, de gallina o de ser humano.

— Pues, exactamente lo último, grupo cero, Rh positivo.

— Si se encuentra a la persona a quien pertenecía esta sangre, ¿se la podría identificar?

— Si es reciente, sí; bueno, no sé si un tribunal lo aceptaría, pero se pueden encontrar muchos puntos de contacto siendo dos muestras de sangre de la misma persona. Cualquier trastorno somático que tenga quedaría reflejado en ambas muestras de sangre, me refiero a fagocitos y otras cosas que ahora sería largo de explicar.

— Bien, si la encuentro, me refiero a la otra muestra, vendré a verte.

Se estrecharon la mano y Steve abandonó el hospital.

Se alejó con su coche y se estacionó en una esquina frente al pub Jockey. Allí, en pie, aguardaba un hombre bajo y más bien grueso, un hombre que sostenía dos palas y unos paquetes. De su pecho colgaban dos cámaras y se cubría la cabeza con un sombrero de ala muy corta. Su aspecto resultaba extraño en la noche del gran Londres.

— Anda, carga.

— Steve, ¿qué lío te traes entre manos?

— Sube al coche y ya lo sabrás.

George Igan era reportero fotográfico y en muchas ocasiones había operado en colaboración con Steve Warren, de lo cual George se enorgullecía.

El auto de Steve Warren reanudó la marcha con los dos hombres a bordo. Mientras salían de la ciudad, Steve explicó:

— Me voy a meter en un lío. Si me atrapan, pueden ponerme a la sombra por algún tiempo.

— ¿Hablas en serio?

— Sí. Por supuesto, si quieres apearte, puedes hacerlo.

— Un momento, un 'momento — le pidió el galés George Igan—. Primero dime de qué se trata.

— ¿No te lo imaginas?

— No.
— ¿Para qué crees que llevamos dos palas?
— Oye, no me dirás que vamos a cavar, ¿eh?
— Sí, en propiedad privada y sin autorización.
— ¡Para el coche, que me apeo!'
Steve pisó el freno y los neumáticos chirriaron.
— Puedes bajarte y no te guardo ningún rencor. Con que vaya uno a la cárcel, es suficiente.
— Era una broma — suspiró George —, Anda, pon este trasto de nuevo en marcha.
— ¿No te arrepentirás después?
— Si tú vas, yo te acompaño. ¿Cuándo se ha visto que un reportero tenga miedo de que lo metan en la cárcel?
George Igan preguntó tratando de saber más, pero Steve prefirió no contarle nada por el momento.
— ¿Es muy lejos?
— Ya estamos llegando — respondió Steve, que conducía a la velocidad máxima permitida.
Steve se salió de la carretera y comenzó a rodar por un camino que a George le pareció infernal.
— ¡Saltarán los amortiguadores!
— Espero que no, porque todavía no hemos llegado.
— ¿Estás seguro de que no nos vamos a partir la crisma?
— No te preocupes, George, lo importante es que no se oiga el motor de nuestro coche.
— ¿De quién diablos es esta propiedad?
— Del coronel Willow.
George silbó, entre admirativo y temeroso.
— Meterse con el ejército es mala cosa.
— Descuida, el coronel está retirado, es un viejo carcamal.
— Pero es rico, ¿no?
— Sí, lo suficiente para pagar el mejor abogado del Reino Unido para que nos meta en la cárcel por diez años.
— Bueno. — George se encogió de hombros —. Me consuelo pensando que iremos a la cárcel juntos.
Steve detuvo su coche bajo la copa de un árbol, apagó las luces y dijo:
— El resto hay que hacerlo a pie.
— Mierda, hace frío.
Steve vio cómo su amigo y compañero daba saltitos para mitigar el frío que sentía al salir de la protección que brindaba el automóvil.
— Menos mal que hace buena luna, esta noche no lloverá ni nevará.
— Qué alivio, porque contigo no se sabe nunca si va a morir uno de calor y deshidratación o congelado.
Cogieron las palas y Steve abrió el paquete que George le entregó mientras

le decía:

— No querrás que nos comamos esto, ¿verdad?

— No, no es para nosotros.

Echaron a andar hollando la hierba fresca. No muy lejos se alzaba la silueta de la mansión del coronel Willow, fantasmagórica en la noche.

— ¿Es ésa la mansión del viejo guerrero?

— Sí.

— Parece un castillo.

— Casi lo es.

— No me gusta, prefiero mi apartamento de la city.

— Mira, George, ¿ves esa colina?

— Sí, la veo algo, no es un día espléndido precisamente.

— Es una noche muy aceptable. Tenemos que ir junto a aquel árbol que se ve allí sobre la colina.

— Lo verás tú, porque lo que es yo...

Oyeron unos ladridos; eran broncos, aunque un tanto lejanos.

— Parece que hay perros por aquí — observó George.

— Sí, dos perros que pesan más que tú y me parece que ya nos han olfateado. Van a venir a por nosotros. En realidad, la mansión sólo tiene im centenar de yardas de muro en la fachada, el resto es campo abierto, sólo tiene cercas de troncos como ésta que vamos a saltar y que sirven para que los caballos no las rebasen.

— Eh, creo que los perros se acercan...

— Prepara tu máquina, hay que hacerles fotos.

— ¿A los perros?

— Sí, son muy vistosos para un reportaje, lo bueno es fotografiarlos cuando salen con las fauces abiertas.

— ¿Estás de broma? Yo me voy corriendo.

— No seas idiota, no llegarías ni al coche si ellos van tras de ti, hay que hacerles frente.

— No he traído la metralleta.

— Déjate de sarcasmos y prepara tu máquina, quiero fotografías de los perros del coronel Willow.

Los perros llegaron frente a ellos corriendo con las fauces abiertas y los ojos enrojecidos. Temblándole las rodillas, George les cegó con su flash mientras les fotografiaba.

La potente luz desconcertó unos instantes a los animales que no esperaban el fogonazo electrónico. Cuando se rehicieron, Steve les arrojó un suculento trozo de carne a cada uno de ellos. Los animales ni la mascaron con sus gigantescas bocas, la carne pasó directamente al estómago.

— Steve, me temo que con esa carne no tendrán suficiente.

— Espera.

Uno de los perros les amenazó con un bronco gruñido, mas, de súbito, comenzó a dar vueltas como si quisiera morderse el extremo de su cola

cortada. El otro can hizo lo mismo y después, ambos cayeron al suelo, agitándose.

— ¿Los has envenenado?

— Sólo drogado, dormirán unas horas. Seguramente tendrán alucinaciones sexuales, espero que los pobres animalillos lo pasen bien.

— ¿Animalitos? Son dos fieras de jaula de barrotes. ¿Cómo se puede tener sueltas a estas bestias?

— Pregúntaselo al coronel Willow y esperemos que nadie haya visto los fogonazos del flash. Yo esperaba que harías las fotos con película ultrarrápida.

— No se me ha ocurrido.

— Ya está hecho, vamos.

— ¿Seguro que no saldrán más bestias?

— Esperemos que no.

Avanzaron hasta el árbol sarmentoso, carente de hojas, más que por muerto, porque era invierno.

— Y ahora que hemos llegado junto a esta birria de árbol que más parece el árbol del ahorcado de la película de Gary Cooper, ¿qué?

Steve no le respondió en principio; tanteó el suelo y lo probó con la pala como si fuera una gran cuchara en un inmenso plato hasta que dijo:

— Aquí.

— ¿Aquí, qué?

— A cavar.

Se quitó la chaqueta y comenzó a cavar. George frunció el ceño pero le secundó con la chaqueta puesta, aunque cuando comenzó a sudar también se la quitó.

— ¿Encontraremos un tesoro?

— Algo espero encontrar. Alguien vio este lugar en un sueño.

— ¿Y qué traían aquí?

— Un ataúd.

— Eso no será cierto, ¿eh?

— Sí, sí es cierto.

— Yo me voy.

— Haz lo que quieras.

George Igan hizo ademán de marcharse y Steve Warren siguió cavando como si no le importara que su amigo le dejase solo. George volvió a tornar la pala y continuó cavando. Fueron ahondando hasta que George dijo:

— He topado con algo duro.

— Ten cuidado, creo que el ataúd no llevaba tapa.

Limpiaron con cuidado y Steve dijo:

— Vamos, rápido, prepara la cámara, creo que hemos encontrado lo que buscábamos.

Mientras George salía de la fosa, Steve la limpió con las manos hasta que a la luz de su encendedor pudo ver un rostro desfigurado, manchado de tierra y

sangre.

— ¡Dios, si es una mujer muerta! —exclamó George desde arriba, secándosele la garganta.

— Sí, una mujer muerta a latigazos.

George sacó varias fotografías cuando una voz sonó no muy lejos de donde ellos estaban:

— Será la última que hagan, caballeros.

Se volvieron y se vieron rodeados por varios hombres armados con escopetas. Al frente de ellos iba el coronel Willow; era el que acababa de hablarles.

CAPITULO XII

A George Igan no le hizo ninguna gracia que le encadenaran en una cámara pétrea de los sótanos de la mansión del coronel Willow. Un hombre que vestía un sayo pardo con un cinturón de cadena, encendió unos carbones en una pequeña fragua, colocando sobre ellos unos tizones y otros garfios de hierro para que se pusieran incandescentes. Luego se marchó, dejándoles solos. George Igan aprovechó para decirle a su amigo:

— Eso no me gusta nada. Que me lleven a la cárcel si quieren, pero no quiero quedarme aquí.

— Yo tampoco, lo malo es que unas cadenas son un argumento más fuerte que nuestras opiniones.

— ¿Qué crees que van a hacer con nosotros?

— No lo sé, pero es posible que nos utilicen como víctimas de una misa satánica.

— Steve, tú no me dijiste nada de eso...

— Lo lamento, George, no sabía que la situación se pondría tan fea.

— Sólo quisiera que viniera la policía.

— No cuentes con ello, George. En este sótano puedes gritar hasta desgañitarte, que nadie te va a oír, y me temo que aquí, con sus malditas ceremonias satánicas, han asesinado a más de un ser inocente.

— ¿Seremos nosotros los próximos?

— Lo más probable.

George Igan sacudió las cadenas, pero éstas se hallaban bien fijadas a la pared pétrea.

Todo su miedo, su rabia y su impotencia se estrellaron contra aquellas cadenas, contra la pared que lo sujetaba.

Por su parte, Steve permanecía quieto, no se movía. Era como si supiera de antemano que nada podría hacer en aquellos momentos. Había que esperar a mejor ocasión.

Lo que no le gustaba a Steve era ver que aquellos hierros se ponían rojos porque intuía lo que podía ocurrir con ellos. Fue arrancado de sus preocupantes pensamientos al abrirse la gruesa puerta de aquella sala que semejaba, especialmente construida para torturar a seres humanos.

Ambos miraron hacia la puerta. La figura de León Adaniev apareció por ella, iba solo.

Penetró en la sala y les observó con sorna y desdén. Se acercó a la pequeña fragua y movió los hierros, como comprobando que ya estaban suficientemente rojos.

— ¿Cree que se saldrá siempre con la suya, Adaniev?

— Sí, sí lo creo, míster Warren. Usted ha pretendido quitarme a Ava y ha venido a la mansión del coronel Willow con el absurdo propósito de descubrir algo. Su amigo ha cometido la torpeza de acompañarle y ahora deberá correr

la misma suerte que usted.

— ¡Yo no sé nada, nada!—gritó George Igan, mas Adaniev no estaba dispuesto a hacerle caso.

— Adaniev, hace tiempo que le sigo la pista.

— ¿Ah, sí, y con qué pretensión? —preguntó con notorio desprecio hacia el joven repórter.

— Descubrir sus satánicos manejos.

— ¿Y ya ha descubierto algo?

— Sí.

— Muy bien. ¿Y qué es ello?

— En cada una de sus reuniones sacrifica usted víctimas humanas. Luego, las sepulta ritualmente en un ataúd sin tapa.

— Para que su espíritu pueda salir de la tierra. — Y soltó una carcajada.

— ¿Qué ofrece a sus prosélitos, Adaniev, placer, sensaciones que ya no pueden experimentar por su decrepitud?

— Sí, sí, eso es, sensaciones. Lo cierto es que desean gozar y no les importa sacrificar.

— Torturando, mordiendo, flagelando.

— Sí.

— ¿Y qué hace Ava en todo este juego?

— ¿Tan listo que cree ser y no lo adivina?

— ¿Ella está para dar goce a esos viejos malvados a los que usted ofrece la oportunidad de desahogar su sadismo, sus vicios más ocultos?

— Eso es. Ellos ven en Ava a la sacerdotisa y la víctima al mismo tiempo, pero mi poder mental es fuerte, muy fuerte.

— Y cuando ellos creen que torturan y asesinan a Ava en el ritual asesinan a otras víctimas que usted ha escogido de antemano, ¿no es eso?

— Exacto. Ava cree ser ella la torturada y mis prosélitos creen lo mismo, durante la ceremonia no notan el cambio. Ava es excepcional, una joven virgen y bellísima que me sirve para todas las ceremonias. Estaría mal, muy mal, que la matasen en cualquiera de ellas. Para eso se puede buscar a mujeres anónimas, sin importancia, mujeres que si desaparecen nadie las busque y el efecto es el mismo. Ellos matan.

— Y se convierten en esclavos del mal, ¿no es eso?

— Exacto.

— ¿Y el castillo de Kornoit?

— Es un lugar similar a éste.

— ¿Por qué murió Herbert Perkins?

— Era débil, muy débil. Ni siquiera él lo sabía, pero yo me di cuenta con sólo mirarle a los ojos.

— ¿Por eso lo escogió como víctima?

— Sí, había que impresionar a unos futuros prosélitos. Pronto tendré un ejército de viejos que ansían gozar y no les importa ensuciar su alma.

— Usted los droga.

— No es cierto, son mis poderes mentales.

— Miente, usted los droga, no tiene tanto poder como pretende dar a entender. A Ava la drogó con sus sujetadores, puso un ungüento dentro de ellos para que lo absorbiera a través de sus mamas.

La mirada de Adaniev pasó del odio a cierto brillo de admiración.

— De modo que lo ha descubierto.

— Es un truco muy viejo, descrito en los libros de brujería.

—Sí, las mamas absorben muy bien la droga. A los hombres se les da con el vino. ¿Qué más quiere saber antes de ser sacrificado?

George miró muy preocupado a Steve, que prosiguió, con sus preguntas.

— Las máscaras espectrales sólo son eso, máscaras, ¿verdad? Máscaras que se colocan esos alucinados que participan en los rituales satánicos.

— Sí, son máscaras — asintió Adaniev.

— A la salida de la cripta, cerca del Moon Hotel, hay un túmulo de tierra; debajo hay otra víctima sacrificada, ¿verdad?

— ¿También lo ha averiguado?

— Fueron los perros; al principio no caí, pero luego...

— Qué pena que no pueda contárselo a nadie, el coronel Willow ha hecho un buen trabajo capturándoles, será una ceremonia excepcional.

Se rió y sus carcajadas rebotaron contra los muros de piedra. Después se alejó, dejándoles solos nuevamente. George se puso muy nervioso, hasta llegar a la desesperación,

— No quiero morir torturado, Steve, no quiero morir.

— Tranquilízate, todavía no hemos muerto.

— ¿Cómo vamos a escapar?

— No lo sé, pero mientras hay vida hay esperanza.

— Me produce terror el dolor en la tortura.

— Tampoco a mí me hace ninguna gracia.

Steve trató de tranquilizar a su amigo. Pasó el tiempo y cuando se volvió a abrir la puerta, se escuchó una especie de letanías ininteligibles. Al frente de la singular comitiva iba Adaniev. Le seguía un pequeño grupo de diez hombres y en medio de ellos, vestida como una danzarina oriental, había una mujer.

— ¡Ava, Ava! — gritó Steve.

Ava semejaba transportada a otro mundo, no parecía la misma.

Aquella especie de monjes satánicos hicieron un corro en torno a la fragua enrojecida y Adaniev comenzó a invocar a todos los príncipes del averno con su voz potente y oscura a la vez.

Ava comenzó a agitarse y a danzar de forma que hacía estremecer a cuantos la miraban. Todos los ojos estaban fijos en ella, el propio Steve quedó atónito ante la sensualidad que irradiaba aquel cuerpo tan hermoso. Era la provocación, el sexo hecho carne.

De súbito, Adaniev dio dos palmadas secas y Ava dejó de danzar.

— Ahora, nuestra sacerdotisa, expresión de la belleza y de la virginidad,

tomará los tizones candentes y cegará a los intrusos que han venido a perturbar nuestros ritos. Sus ojos no volverán a ver jamás.

Ava se acercó a la fragua y miró los rizones al rojo. Por el extremo opuesto, que tenía protección de madera y cuero, tomó dos de ellos que levantó en el aire, mostrándolos.

Los allí reunidos, que portaban látigos colgando de sus cinturones de cadena, rugieron como si Ava les estuviera mostrando sus pechos.

Bruscamente, Ava se volvió hacia Adaniev y cruzando los dos hierros candentes, los aplastó contra su rostro.

— ¡Ag!

El rugido de Adaniev fue bestial, horrible, infernal.

Todo semejó temblar, hasta las piedras de las paredes.

La cruz marcada al fuego hizo que Adaniev comenzara a descomponerse, transformándose en un ser horrible, espectral. Su piel fue desprendiéndose a colgajos y sus dientes cayeron al suelo. Todo él se desmoronó hasta que en el suelo sólo quedaron montones de huesos medio cubiertos por el sayo que antes vistiera.

Ava, sin perder el control de sí misma, como sacerdotisa que parecía ser, ordenó:

— Ahora, esclavos del mal, azotaos los unos a los otros hasta que vuestras carnes salten a tiras. ¡Azotaos, esclavos, azotaos!

Los reunidos tomaron sus látigos y comenzaron a flagelarse mutuamente mientras Ava se acercaba a Steve y le liberaba de los grilletes que le encadenaban, quitando los tornillos de sujeción.

— ¡Aprisa, hay que marcharse de aquí! Esta vez he puesto un pedazo de plástico entre mis pechos y el sujetador.

Steve comprendió que ella también se había dado cuenta de que la droga había penetrado a través de sus pechos. Ayudó a George a escapar y los tres abandonaron la macabra sala de torturas cerrando la puerta por fuera mientras, dentro, los hombres drogados continuaban flagelándose unos a otros y la sangré comenzaba a gotear sobre las losas.

— ¡Huyamos, huyamos! — gritaba George.

Salieron de la mansión sin que nadie les viera. Mrs. Clare no estaba allí, tampoco los porteros, ni siquiera los perros, que quizá continuaban bajo el poder del narcótico.

Corrieron sobre la hierba hasta llegar al automóvil de Steve.

— ¿Qué sucederá ahora? — preguntó George, ya dentro del coche, jadeante por la carrera y la excitación.

— No lo sé, pero no pienso escribir ni una línea sobre todo esto. Ya que Adaniev ha desaparecido, nadie iba a creer nada y la policía haría demasiadas preguntas que no podríamos responder.

—Steve, Steve, he pasado un miedo atroz.

— Lo has hecho magníficamente, Ava. El mismísimo Adaniev te creía plenamente dominada y tú le has sorprendido.

— La verdad es que, además, me tomé una sobredosis de estimulante para no dormirme cuando él comenzó a hablarme desde detrás de la puerta de tu estudio, porque fue a buscarme allí. Cuando me dijo que te tenía en su poder, pensé que debía hacer algo.

— ¡Pues lo has hecho muy bien! —Aplaudió George—. ¡Eres estupenda, Ava!

El automóvil comenzó a dar botes por el pésimo camino mientras se alejaba de aquella mansión donde ya Adaniev jamás volvería a celebrar sus rituales satánicos.

Cuando arribaron a la City, dejaron a George en su piso, era la amanecida.

Steve y Ava prosiguieron en el coche, ella iba ataviada aún de aquella forma tan sugestiva en que la obligaba a vestirse Adaniev.

— ¿Adónde vamos, a tu apartamento o al mío?

— Al que tú quieras, Steve, al que tú quieras. Ahora sí que te entrego de mí todo lo que desees tomar.

— Tu apartamento es más ancho y hay menos cables para tropezar, porque vas a tener que danzar para mí, lo haces de maravilla.

— Danzaré, danzaré para ti, Steve.

Para acortar el tiempo, Steve Warren pisó más fuerte el acelerador. Adaniev ya no volvería a molestarles llamando por teléfono.

FIN